

CAPÍTULO

2

Panorama demográfico

INDICE

Hallazgos relevantes
Valoración general
Valoraciones anteriores
Introducción

Una visión de largo plazo

Se desacelera el crecimiento de la población
 Varía concentración de la población
 Disminuye la fecundidad y aumenta la esperanza de vida
 Probabilidades de muerte por grupos de edad son mayores para los hombres
 Tasas de crecimiento por edad confirman distintos ritmos de transición en los países

Estructura por edad de la población plantea nuevos retos y oportunidades

Proporción de población infanto-juvenil es cada vez menor
 Estructura por edad evidencia envejecimiento de la población
 Creciente población en edad de trabajar
 Cambios en las relaciones de dependencia plantean oportunidades y retos

Se intensifican movimientos de la población entre y a lo interno de los países

Crecimiento de población urbana
 Más allá de las capitales, surgen nuevos centros de concentración urbana
 Migraciones intrarregionales se concentran
 Se intensifican las migraciones de centroamericanos hacia Estados Unidos
 Migraciones generan contradictorias implicaciones sociales y económicas
 Delitos de trata de personas

PREGUNTA GENERADORA

¿Cuáles cambios en el perfil demográfico de la región implican nuevos desafíos para su desarrollo?

Todos los países centroamericanos viven un proceso de transición demográfica caracterizado por un acelerado crecimiento de la población en edad productiva, de tal modo que, en las próximas décadas, la proporción de esas personas con respecto a la población inactiva o dependiente será la más alta en la historia de la región. Aprovechar las oportunidades que brinda esta coyuntura trae consigo grandes retos. Para los países más rezagados en la transición (Guatemala, Honduras y Nicaragua) las tareas más apremiantes son ampliar la cobertura y calidad de los servicios de educación, salud y saneamiento, así como mejorar la disponibilidad y acceso a los alimentos. Sin embargo, en estas naciones los bajos niveles de inversión pública dificultan el logro de esos objetivos. En Costa Rica y Panamá los desafíos consisten en elevar la productividad de una relativamente bien calificada mano de obra y crear suficientes empleos de buena calidad, para lo cual se requieren mayores esfuerzos en materia de fomento productivo e innovación. Aunque el primer grupo de países también debe mejorar en estas áreas, los márgenes de maniobra son muy distintos. Mientras Guatemala, Honduras y Nicaragua cuentan todavía con treinta o cuarenta años para alcanzar las metas indicadas, en Costa Rica y Panamá la ventana de oportunidad se cerrará en la presente década.

En el largo plazo la transición genera otro desafío. En las próximas décadas la fuerza laboral deberá tener una alta productividad, para generar los ingresos que requerirán economías en las que cada vez habrá menos personas en edad de trabajar y más personas dependientes de ellas. Pero si la población joven carece de buena salud y de los niveles educativos necesarios, no tendrá acceso a buenas oportunidades de empleo y su productividad será baja. Si además no cuenta con seguridad social, su porvenir, y probablemente el de sus familias, estarán en riesgo. La baja cobertura de la seguridad social implicará que amplios contingentes de población que hoy se encuentran activos en el mercado de trabajo, enfrentarán a futuro el riesgo de no contar con servicios de salud, ni ingresos suficientes para satisfacer sus necesidades básicas.

Además de visibilizar los déficits históricos en su desarrollo, la transición demográfica pone a Centroamérica en una encrucijada que provoca fuertes tensiones entre objetivos de corto y largo plazo. Si no se realizan las inversiones necesarias para enfrentar estos retos, será difícil contener las migraciones y grupos importantes, como los jóvenes, las comunidades indígenas, las mujeres y la población rural, seguirán postergados. Ello convertiría en frustración lo que hoy constituye una valiosa oportunidad para impulsar el desarrollo del Istmo.

HALLAZGOS RELEVANTES

- >> En el 2010 Centroamérica tenía cerca de 43 millones de habitantes y se proyecta que en los próximos quince años su población aumente en cerca de once millones de personas. Ese crecimiento se produce a ritmos muy diversos a lo interno de la región: la lentitud con que lo hace El Salvador (0,7% anual) contrasta con el dinamismo de Guatemala (2,2% anual).
- >> La densidad de población presenta notables disparidades en Centroamérica: mientras en Belice es de 14 habitantes por kilómetro cuadrado, en El Salvador es de 294 habitantes.
- >> La esperanza de vida aumentó en todos los países en los últimos sesenta años, pero con compases distintos. En la década del 2000 las diferencias se ensancharon considerablemente: El Salvador, Guatemala y Honduras tienen una esperanza de vida equivalente a la que tenía Costa Rica hace treinta años.
- >> Guatemala logró disminuir su tasa de fecundidad a cerca de cinco hijos por mujer a inicios del siglo XXI, un nivel que Costa Rica y Panamá habían alcanzado a principios de los años setenta, y El Salvador y Belice en los ochenta.
- >> En 2010 la mortalidad infantil era cerca de un tercio de la registrada en la década de los cincuenta y la mortalidad de menores de 5 años se redujo cinco o más veces en casi todos los países.
- >> En Costa Rica, Panamá y Guatemala los hombres de 15 a 35 años tienen casi tres veces más probabilidades de morir que las mujeres en el mismo rango de edad.
- >> En Guatemala y Honduras las tasas de crecimiento de la población menor de 15 años son cercanas al 10% anual, muy superiores a las del resto de los países.
- >> En el período 1970-2010, las tasas de crecimiento de la población de entre 35 y 64 años en Panamá fueron más del doble de las de Guatemala, Honduras y Nicaragua.
- >> La población en edad de trabajar (de 15 a 64 años) aumentó casi 4 puntos porcentuales en la última década. Actualmente, este grupo representa el 59% de la población total del Istmo y para 2020 se espera que llegue al 62%.
- >> La población mayor de 65 años es la de mayor crecimiento en la región. En el período 1970-2025 se prevé que se incremente a un ritmo promedio cercano al 20% quinquenal en todos los países, excepto en El Salvador y Belice.
- >> En el 2025, en Costa Rica y Panamá habrá más de cuarenta personas adultas mayores por cada cien menores de 15 años.
- >> Casi dos terceras partes de la población centroamericana viven en zonas urbanas. Durante el período 1970-2010 la cantidad de habitantes de zonas rurales también creció (cerca de 2% anual), pero lo hizo a un ritmo mucho menor que la de las zonas urbanas (entre 3% y 4% anual).
- >> Dada la transición demográfica que vive Centroamérica, perder contingentes crecientes de población en edad productiva, como resultado de la emigración, erosiona sus posibilidades de aprovechar el "bono demográfico" para impulsar su desarrollo.
- >> En el quinquenio 2005-2009, siete de cada cien extranjeros en Estados Unidos eran centroamericanos. Cuarenta de cada cien migrantes centroamericanos en ese país procedían de El Salvador.
- >> En el 2009, 35 de cada 100 dólares recibidos en Centroamérica por concepto de remesas familiares provenían de migrantes guatemaltecos.
- >> La población rural de Centroamérica se encuentra rezagada en la transición demográfica con respecto a la población urbana. El porcentaje de personas con edades entre 15 y 64 años es menor en las zonas rurales, lo que evidencia tasas de fecundidad y estructuras de edad más jóvenes que en las zonas urbanas.
- >> Para el año 2008, el Instituto Interamericano de Derechos Humanos estimó la población indígena de Centroamérica en 7,7 millones de personas, un 18% de la población total de la región. El 73% de ellas reside en Guatemala.
- >> En la población indígena es notable el rezago de la transición demográfica. La esperanza de vida al nacer es menor que la de la población no indígena, pero las altas tasas de fecundidad hacen prever que este grupo seguirá creciendo en el futuro.

VALORACIÓN GENERAL

Poco más de cuarenta millones de personas viven hoy en Centroamérica. A pesar de los altos flujos migratorios hacia afuera de la región, en la última década la población del Istmo creció casi un 20%. Todos los países se encuentran en transición demográfica, es decir, en el tránsito de ser sociedades relativamente jóvenes a sociedades envejecidas, como resultado de incrementos sostenidos en la esperanza de vida y disminuciones en la mortalidad y la fertilidad. En consecuencia, en las próximas décadas la proporción de personas en edad productiva con respecto a la población inactiva será la más alta en la historia de la región. Sin embargo, hay marcadas diferencias en el nivel y velocidad de estas transiciones. Para Guatemala, la nación que está en la fase más temprana, la ventaja de contar con flujos crecientes de población en edad productiva terminará en el 2050, pero para Costa Rica y Panamá, las más avanzadas, concluirá en la presente década.

Aprovechar las oportunidades que brinda esta coyuntura demográfica trae consigo grandes retos. En los países más rezagados en la transición (Guatemala, Honduras y Nicaragua) las tareas más apremiantes son ampliar la cobertura y calidad de los servicios de educación, salud y saneamiento, así como mejorar la disponibilidad y acceso a los alimentos. Ello les permitirá reducir la todavía alta mortalidad infantil y elevar la calificación de la fuerza laboral, dos requisitos básicos para el desarrollo. Sin embargo, en estas naciones los bajos niveles de inversión pública dificultan alcanzar tales metas. En Costa Rica y Panamá los desafíos consisten en mejorar la productividad de una relativamente bien calificada mano de obra y crear suficientes empleos de buena calidad, para lo cual se requieren mayores esfuerzos en materia de fomento productivo e innovación. Aunque el primer grupo de países también debe mejorar en estas áreas, dispone de más tiempo para hacerlo.

En el largo plazo, la creciente proporción de personas mayores de 65 años y el aumento en la esperanza de vida plantean importantes retos. Amplios contingentes de individuos que hoy se encuentran activos en el mercado de trabajo, enfrentan la amenaza de conformar una población envejecida y con una baja cobertura de la seguridad social, si se mantienen las condiciones que imperan en la actualidad. En las próximas décadas, la fuerza laboral deberá tener una alta productividad, para generar los ingresos que requerirán economías en las que cada vez habrá menos personas en edad de trabajar y más personas dependientes de ellas. Pero si la población joven carece de buena salud y de los niveles educativos necesarios, no tendrá acceso a oportunidades de empleo de calidad y su productividad será baja. Si además no cuenta con seguridad social, su futuro, y probablemente el de sus familias, estarán en riesgo.

Además de visibilizar los déficits históricos en su desarrollo, la transición demográfica pone a Centroamérica en una encrucijada que provoca fuertes tensiones entre objetivos de corto y largo plazo. Si no se realizan las inversiones necesarias para ampliar la cobertura y calidad de los servicios sociales, generar empleo y mejorar la productividad de la fuerza laboral, será difícil contener las migraciones y grupos importantes, como los jóvenes, las comunidades indígenas, las mujeres y la población rural, se mantendrán postergados. En el corto plazo, la migración trae beneficios económicos para algunos sectores: mayores flujos de remesas, mano de obra barata y bajas cargas tributarias. Sin embargo, estas son debilidades estratégicas que erosionan las posibilidades de desarrollo de la región en el largo plazo. Enfrentar estos retos requiere voluntad política y la articulación de esfuerzos entre el Estado, sus instituciones y el sector privado, con la clara conciencia de que no hacerlo convertirá en frustración lo que hoy constituye una valiosa oportunidad para impulsar el desarrollo del Istmo.

Centroamérica es hoy mayoritariamente urbana. Durante las últimas décadas ha crecido la concentración de población en estos territorios. Aunque ello ha generado fuertes presiones sociales, económicas y ambientales, para las cuales las ciudades no estaban preparadas, también brinda la posibilidad de ampliar y diversificar la oferta de servicios fundamentales para la calidad de vida urbana: transporte, seguridad, ocio, recreación y esparcimiento; además permite optimizar el uso de los recursos para ofrecer servicios de salud, educación, saneamiento y agua potable a una población más concentrada.

Para un grupo creciente de población, emigrar sigue siendo el camino para huir de la pobreza y la falta de oportunidades. En el corto plazo, las remesas enviadas por los migrantes constituyen un factor esencial para la estabilidad macroeconómica en varios países de la región y les han brindado a los hogares una nueva fuente de ingresos para mejorar su situación. No obstante, dado que la mayor parte de quienes migran está en edad productiva y tiene un nivel educativo mayor al promedio de sus compatriotas, Centroamérica ve disminuidas sus oportunidades de desarrollo futuro.

El rezago de la transición demográfica en las zonas rurales e indígenas, asociado a altas tasas de fecundidad y mortalidad, evidencia debilidades en la presencia institucional del Estado y sus servicios, así como brechas geográficas, culturales y políticas que limitan el acceso de estas comunidades a nuevas oportunidades de progreso económico y social. Esta situación también se manifiesta, con diversa intensidad, en las zonas urbanas y en otros grupos de población, entre ellos los jóvenes, quienes están poco vinculados a las dinámicas económicas e institucionales de sus países.

VALORACIONES ANTERIORES

Valoración 1999

Durante los últimos cincuenta años Centroamérica triplicó su población. Casi una tercera parte vive en Guatemala y poco más de la mitad radica en las zonas rurales. La mitad de la población son mujeres, uno de cada cinco habitantes es indígena, cuatro de cada diez personas son niños o jóvenes de 14 años o menos, y seis de cada cien son adultos mayores (60 años o más).

Las condiciones de género, edad, etnicidad y ubicación geográfica constituyen un factor determinante de fracturas regionales. Los indígenas, jóvenes, mujeres y la población rural son los grupos más rezagados. Además, existe una desarticulación física y cultural de la zona atlántica, la de mayor extensión y riqueza biológica, con respecto a la zona pacífica, donde reside la mayor parte de la población. Por razones históricas aún no superadas, Centroamérica no ha aprovechado su vocación ístmica ni su posición caribeña.

Centroamérica se encuentra en una transición demográfica moderada. El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Belice, que agrupan al 81% de la población, todavía muestran altos índices de natalidad, mortalidad infantil y crecimiento poblacional. Costa Rica y Panamá están en fases más avanzadas de esa transición.

En toda la región, pero especialmente en Costa Rica, El Salvador y Panamá, emerge el desafío de la atención a la vejez, es decir, garantizar la subsistencia y los servicios especializados que requiere esta población.

Cuatro de cada diez personas en Centroamérica son menores de 18 años. Las oportunidades de las que hoy dispongan

los niños, niñas y adolescentes para su desarrollo personal, marcarán el rumbo de la región en la primera mitad del siglo XXI.

Valoración 2003

Centroamérica se encuentra en el umbral de una situación demográfica que crea nuevas oportunidades económicas y sociales. Por otra parte, la región experimenta un fuerte proceso de urbanización. En los últimos treinta años el número de habitantes urbanos pasó de 6,5 a 17,5 millones. De mantenerse este ritmo, la población urbana se duplicaría aproximadamente cada veinte años.

Estos factores ejercen una fuerte presión en términos del acceso a servicios y, en general, a las oportunidades de desarrollo humano. Para el adecuado manejo de esta presión es clave la presencia de instituciones y políticas públicas que, con un marco más amplio de recursos y un uso más eficaz de los mismos, aseguren oportunidades de acceso a la educación, programas sociales y generación de empleo adecuado.

Centroamérica ha sido siempre multicultural. Sin embargo, no es sino hasta los últimos diez años que se han iniciado procesos de reconocimiento constitucional y legal de esta condición. Los progresos son incipientes, y todavía insuficientes para compensar las desigualdades sociales y dar respuesta al conjunto de reivindicaciones planteadas por las distintas comunidades y sus organizaciones.

Valoración 2008

La avanzada transición demográfica que vive Centroamérica reduce los márgenes de maniobra para aprovechar la positiva relación de dependencia que implica el bono demográfico, sobre todo en aquellos países

que se encuentran en una fase más adelantada de ese proceso (Costa Rica y Panamá). La rigidez de los altos niveles de desigualdad, la segmentación de los mercados laborales, las modestas mejoras en la productividad de la mano de obra, la insuficiente cobertura y calidad de los servicios de salud y educación, así como la persistencia de la emigración, configuran una seria vulnerabilidad estratégica para una región que necesita progresar rápidamente en su desarrollo humano.

La amenaza reside en que, si tal cosa no se logra, estos grupos no tendrán las fortalezas y herramientas necesarias para impulsar el progreso, y podrían convertirse en una pesada carga para las siguientes generaciones, que serán menos numerosas.

Una vez lograda la pacificación del área a mediados de la década de los ochenta, la expulsión de población se ha mantenido en niveles relativamente altos e incluso ha crecido en Guatemala, Honduras y Nicaragua. Las migraciones tienen efectos contradictorios sobre el desarrollo humano en Centroamérica. A corto plazo, constituyen una válvula de escape para una población con inadecuadas oportunidades laborales; asimismo, en varios países las remesas financian la estabilidad macroeconómica, dinamizan el crecimiento económico y disminuyen la pobreza y la desigualdad. A largo plazo, sin embargo, las migraciones comprometen el desarrollo humano: en una época en que el Istmo está llamado a aprovechar los beneficios del bono demográfico, la región pierde población en edad productiva y con los mayores niveles de instrucción.

BORRADOR DEL CAPÍTULO

→ DANILO RAYO ▶ NICARAGUA

EDICIÓN FINAL

→ ALBERTO MORA ▶ COSTA RICA

INSUMOS DISPONIBLES EN www.estadonacion.or.cr

Insumos sobre los temas de ritmo en el crecimiento de la población y desfase e impactos económicos de las transiciones demográficas.

→ ARODYS ROBLES ▶ CCP-UCR | COSTA RICA

REVISIÓN Y COMENTARIOS A LOS BORRADORES DEL CAPÍTULO

→ LEONOR CALDERÓN ▶ PANAMÁ

→ LUIS ROSERO ▶ COSTA RICA

→ NATALIA MORALES ▶ COSTA RICA

→ RAFAEL SEGURA ▶ COSTA RICA

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

Carolina Urcuyo y Ana Hidalgo (OIM), Jorge Peraza (CRM) y Milena Grillo (Fundación Paniamor) aportaron insumos para la elaboración de recuadros. La información estadística de Celade-Cepal y los microdatos censales disponibles a través de las herramientas Redatam y PDQ, en los sitios *web* de los institutos nacionales de estadística y del Centro Centroamericano de Población de la Universidad de Costa Rica, resultaron fundamentales para la elaboración de este capítulo.

ACTUALIZACIÓN DE CIFRAS

→ DIEGO FERNÁNDEZ

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE CIFRAS

→ FRAYA CORRALES, KAREN CHACÓN, JOSÉ ANTONIO RODRÍGUEZ
Y NATALIA MORALES



C A P Í T U L O

2

Panorama demográfico

Introducción

Impulsar el desarrollo humano sostenible supone acciones y políticas públicas articuladas y con distintos horizontes temporales. Conocer el perfil demográfico de Centroamérica y su evolución en el corto, mediano y largo plazos constituye un insumo fundamental para garantizar la pertinencia de esas intervenciones, a la luz de las necesidades de la población. Este capítulo busca aportar información y análisis para apreciar en su justa dimensión los principales cambios que se han dado en el perfil demográfico de la región durante las últimas décadas, y valorar sus implicaciones en términos de las políticas públicas.

El esfuerzo por brindar un panorama demográfico de Centroamérica se ve limitado por la escasez de información actualizada. Aunque en varios países se han realizado censos recientes, los análisis y bases de datos respectivos no estuvieron disponibles al cierre de edición de este Informe. Además, en Guatemala y Nicaragua persisten importantes discontinuidades en la aplicación de encuestas de hogares de calidad de vida. Mejorar la disponibilidad, calidad y acceso a la información es un reto impostergable para la región.

Este capítulo está organizado en cuatro apartados. El primero ofrece un panorama de largo plazo sobre la situación demográfica de la región. En el

segundo se analizan en profundidad la estructura por edad de la población y las implicaciones económicas de las relaciones de dependencia que subyacen a ella. El tercero aborda los temas del crecimiento urbano y las migraciones. Por último se explora la situación de grupos rezagados: población rural, personas con discapacidad y comunidades indígenas.

Una visión de largo plazo

Un acercamiento a las tendencias demográficas de Centroamérica en el largo plazo permite analizar mejor la velocidad y la magnitud de los cambios que han llevado al proceso de transición demográfica que actualmente vive la región. Al igual que en otras áreas del desarrollo humano sostenible, en el Istmo existen importantes asimetrías entre y a lo interno de los países. De las diferencias en indicadores como esperanza de vida, mortalidad infantil y fecundidad, es posible extraer lecciones sobre el resultado de las políticas públicas implementadas en el pasado e identificar puntos de referencia para el diseño de las intervenciones futuras.

Se desacelera el crecimiento de la población

En el 2010 Centroamérica tenía aproximadamente 43 millones de habitantes. Mientras en los últimos diez años la población aumentó en casi siete

millones de personas, en los próximos quince años el incremento será cercano a los once millones. El crecimiento asociado a esta estimación (1,6% anual) se expresa en ritmos muy distintos a lo interno de la región. La lentitud de El Salvador (0,7% anual) contrasta con el dinamismo de Guatemala (2,2% anual).

Alrededor de 1970, las tasas de crecimiento de la población en Centroamérica eran relativamente similares; la más baja era la de Costa Rica, en virtud del acelerado descenso de su fecundidad en la década de los sesenta (gráfico 2.1). Sin embargo, se trataba -en general- de tasas elevadas (por encima del 2,5%) si se comparan con las de naciones más avanzadas en la transición demográfica, como Uruguay, Argentina y, en menor medida, Chile (Celade-Cepal, 2009). En este sentido, Centroamérica reproduce en sus países las asimetrías que muestra este proceso en América Latina (recuadro 2.1).

A partir de 1975 las tasas de crecimiento de la población de cada uno de los países centroamericanos empezaron a diferenciarse. En El Salvador disminuyeron en forma acelerada durante esa década, en tanto que en el resto de la región permanecieron en niveles similares o aumentaron, como sucedió en Honduras (3% anual). Esto se debió parcialmente a la reducción de las altas tasas de mortalidad infantil ocurrida en los años setenta y parte de los ochenta.

Durante los ochenta y los noventa los países volvieron a niveles de crecimiento inferiores al 2,5% anual, y en los casos de Panamá y El Salvador por debajo del 2% anual. A partir del año 2010 solo Honduras y Guatemala han mantenido tasas elevadas (entre 1,5% y 2% anual), mientras que las demás naciones han disminuido su crecimiento. Se espera que ambas tendencias continúen en los próximos años.

Es difícil señalar con claridad el peso que tuvieron los cambios en la mortalidad y la fecundidad sobre la tasa de crecimiento en los años ochenta y noventa, debido a la importancia que tuvo durante ese período el fenómeno de la migración. Esto se observa en la acelerada disminución de la tasa de crecimiento de El Salvador y Nicaragua en los noventa. También se evidencia en las variaciones que mostró la población total de El Salvador y Honduras durante las últimas décadas: mientras en 1970 el primero de estos países tenía cerca de un millón de habitantes más que el segundo, en el 2010 la situación era exactamente la contraria.

Varía concentración de la población entre y dentro de los países

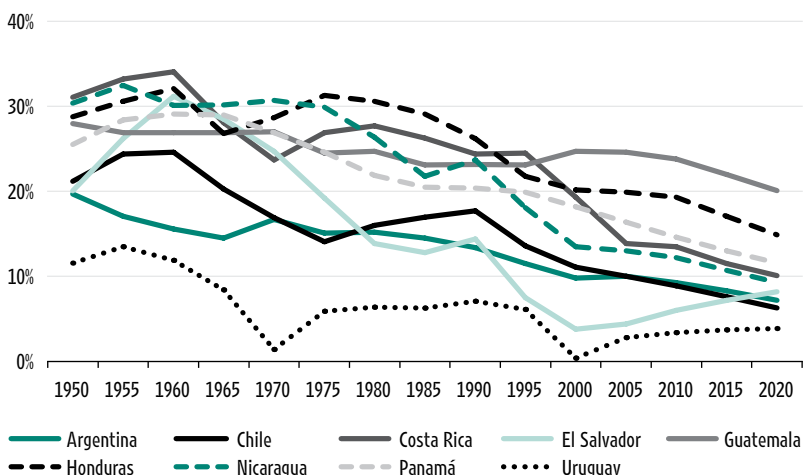
Las diferencias en las tasas de crecimiento implican variaciones en la distribución de la población a lo interno del Istmo. En el 2010 Guatemala albergaba cerca de una tercera parte de los habitantes de Centroamérica y, de acuerdo con las proyecciones para el período 2010-2015, llegará a concentrar algo más de la mitad, en tanto que Honduras aportará una quinta parte del crecimiento de la población en el área. En números absolutos ello implica que, mientras Costa Rica, Panamá y El Salvador deberán hacer frente a un crecimiento de alrededor de 700.000 habitantes cada uno, Guatemala incrementará su población en 1,8 millones de personas y Honduras en casi 800.000.

Otra implicación importante de las tasas de crecimiento tiene que ver con la ocupación del territorio en cada país. La densidad de población presenta grandes contrastes en Centroamérica. En un extremo se encuentra Belice, con 14 habitantes por kilómetro cuadrado, y

GRÁFICO 2.1

AMÉRICA LATINA

Tasas de crecimiento de la población. 1950-2020



Fuente: Elaboración propia con base en Cepal, 2009.

RECUADRO 2.1

Centroamérica comparte contrastes demográficos con América Latina

Los contrastes asociados a la transición demográfica que vive Centroamérica se expresan también en otros países y regiones de América Latina. Guatemala y Bolivia están en una etapa temprana de ese proceso, mientras Colombia y Panamá se ubican en un nivel intermedio, y Costa Rica y Chile se encuentran en una fase avanzada, muy similar a la de las naciones desarrolladas (Celade-Cepal, 2009). Ello se evidencia en indicadores como las tasas de fecundidad y mortalidad infantil y la esperanza de vida al nacer.

Guatemala ostenta la mayor tasa global de fecundidad de América Latina, en tanto Costa Rica muestra una de las más bajas, incluso por debajo del nivel de reemplazo. En este último país la esperanza de vida al nacer es una de las más altas de la región latinoamericana, mientras en El Salvador y Guatemala los valores que registra ese indicador se encuentran entre los más bajos (gráfico 2.2). En lo que respecta al crecimiento, El Salvador tiene la tasa de crecimiento más reducida -probablemente a causa

de sus importantes flujos migratorios- y Guatemala una de las más elevadas.

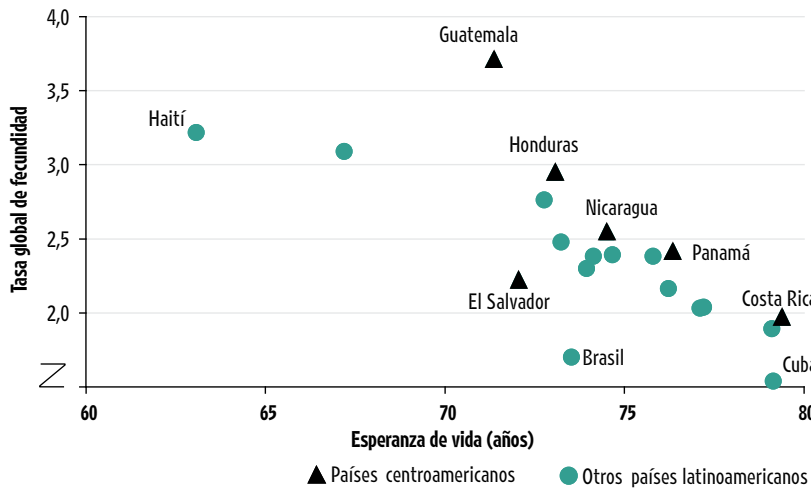
El ritmo de las transiciones en cada país está determinado por las diferencias en el acceso a servicios de salud y saneamiento, alimentación adecuada y otros factores directamente relacionados con los riesgos de muerte de las personas. Las tasas de fecundidad están asociadas a condiciones sociales distintas, como el nivel de educación de las mujeres, el acceso a servicios sociales en las áreas rurales y el conocimiento y disponibilidad de anticonceptivos modernos. Estas variaciones han ocurrido en los distintos países de América Latina a lo largo de varias décadas. En Centroamérica, algunas de ellas se iniciaron hace ya más de ochenta años, como es el caso de la reducción de las tasas de mortalidad en Costa Rica. Los cambios demográficos ilustran con claridad los logros y desafíos de las apuestas económicas y sociales realizadas por las naciones en procura del bienestar de sus habitantes.

Fuente: Elaboración propia con datos del Celade, Cepal.

GRÁFICO 2.2

AMÉRICA LATINA

Relación entre la tasa global de fecundidad y la esperanza de vida al nacer. 2010



Fuente: Elaboración propia con base en Cepal, 2009.

CUADRO 2.1

CENTROAMÉRICA

Extensión territorial, población y densidad de población. 2010

País	Extensión en km ²	Población	Densidad de población	Densidad ponderada ^{a/}	Razón de densidad ^{b/}
Belice	22.970	313.000	14	14	1
Costa Rica	51.100	4.563.539	89	173	1
El Salvador	21.040	6.183.002	294	969	3
Guatemala	108.900	14.361.666	132	387	1
Honduras	112.100	7.621.106	68	120	1
Nicaragua	130.000	5.822.395	45	159	1
Panamá	75.520	3.508.382	46	75	1
Centroamérica	521.630	42.373.090	81		

a/ Densidad ponderada por la población: $\Sigma(\text{Pob.}(i) \cdot \text{Dens.}(i)) / \Sigma(\text{Pob.}(i))$, donde i se refiere a cada una de las divisiones administrativas.

b/ Densidad de la división administrativa mayor sobre la densidad de las dos siguientes.

Fuente: Estimaciones y proyecciones de población de cada país.

en el otro El Salvador, con 294 (cuadro 2.1). Las variaciones dentro de los países son aun más extremas. En algunas ciudades capitales donde la densidad de población es superior a mil habitantes por kilómetro cuadrado continúan el crecimiento y la aglomeración; tal es el

caso de San Salvador, que tiene cerca de 2.500 habitantes por kilómetro cuadrado. Esta alta densidad se contrapone a la de territorios como El Petén en Guatemala, Darién o algunas comarcas indígenas en Panamá, y Gracias a Dios en Honduras, donde la densidad de

población apenas alcanza los diez habitantes por kilómetro cuadrado.

La densidad de población supone que los habitantes se distribuyen de manera uniforme en el territorio. Para evitar la subestimación provocada por la existencia de áreas muy densamente pobladas y otras de muy escasa población, se calcula la densidad ponderada por el tamaño de las localidades. Tal como muestra el cuadro 2.1, la densidad aumenta en todos los países con excepción de Belice, donde al parecer el tamaño de las localidades no influye en la distribución de los habitantes. En el caso de El Salvador se debe sobre todo a que la densidad en San Salvador es casi tres veces mayor que la suma de las densidades de la segunda y tercera unidades más pobladas (razón de densidad). No ocurre lo mismo en aquellas naciones en las que los valores de este indicador son muy cercanos a uno. En estos casos, el cambio en la densidad se debe sobre todo a la presencia de áreas escasamente pobladas, como sucede en Nicaragua, Honduras y, en menor medida, Costa Rica y Panamá. Esto no quiere decir que no se dan procesos de concentración urbana, que por cierto son muy importantes en todos los países, sino que junto a altas concentraciones de población existen áreas de alta dispersión. De hecho, la mitad de los habitantes de Centroamérica ocupa un 16% del territorio de la región y un 5% se encuentra asentado en alrededor de un 20% de esa superficie total.

Disminuye la fecundidad y aumenta la esperanza de vida, pero con crecientes brechas entre los países

Las diferencias en los ritmos de crecimiento analizadas anteriormente tienen su origen en el comportamiento que en las últimas décadas han mostrado la mortalidad, la esperanza de vida y la fecundidad, lo cual ha ocasionado desfases en los procesos de transición demográfica. En la región se pueden distinguir dos patrones distintos: por un lado, el de Costa Rica, Panamá y El Salvador, y por otro el de Guatemala, Honduras, Nicaragua y, en menor medida, Belice. Hay, sin embargo, una característica común: casi todos contaban

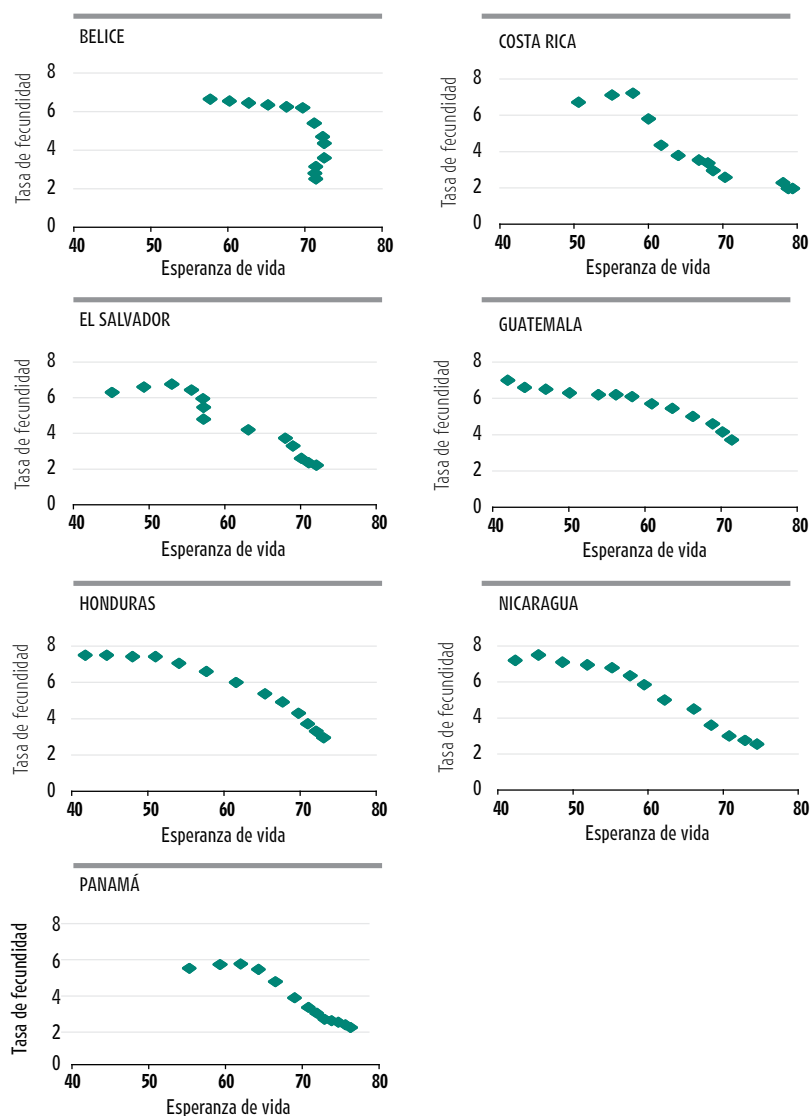
con tasas globales de fecundidad muy elevadas (alrededor de siete hijos por mujer) en la década de los cincuenta, niveles propios de poblaciones donde no existe control de la natalidad.

En el caso de la mortalidad, alrededor de los años cincuenta los países se encontraban en situaciones muy diferentes. En esa década la esperanza de vida al nacer de El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala era inferior a 47 años, pero en Costa Rica y Panamá era cercana a los 60, un valor similar al observado en Cuba y Chile en ese mismo período (Celade-Cepal, 2009). En las naciones del primer grupo, en promedio la mortalidad infantil era de aproximadamente 159 defunciones por cada mil nacidos vivos, es decir, solo el 77% de los nacidos vivos sobrevivía hasta los 5 años de edad, y solo un 48% de las personas de 15 años lograba cumplir los 65. En contraste, en el segundo grupo la mortalidad infantil era de alrededor de 93 por mil nacidos vivos: el 85% de los nacidos vivos sobrevivía hasta los 5 años y el 60% de las personas de 15 años llegaba a los 60. Estas diferencias revelaban desde entonces condiciones de salud muy distintas en los países, tanto para la población infantil como para las personas adultas.

La esperanza de vida aumentó en todos los casos a partir de desde la década de los cincuenta, pero a ritmos dispares. En el primer lustro de los años setenta, Panamá, Belice y Costa Rica habían alcanzado niveles superiores a los 60 años, observados también en países sudamericanos como Uruguay, Paraguay y Venezuela. En el mismo período, El Salvador, Guatemala y Honduras no habían llegado a los 60 años y sus niveles de mortalidad se asemejaban a los de Perú. No fue sino hasta inicios del siglo XXI que las naciones centroamericanas más rezagadas lograron una esperanza de vida de 70 años. Recientemente las diferencias se han ensanchado de modo considerable. En el 2010, El Salvador, Guatemala y Honduras tenían una esperanza de vida equivalente a la de Costa Rica casi veinte años atrás. Este último país tiene niveles de esperanza similares a los de Chile, Cuba y Estados Unidos (gráfico 2.3).

GRÁFICOS 2.3
CENTROAMÉRICA

Evolución de las tasas globales de fecundidad y la esperanza de vida al nacer. 1950-2015



Fuente: Elaboración propia con base en Celade-Cepal, 2004 y Cepal, 2009.

Las altas tasas de fecundidad que tuvo la región en la década de los cincuenta (siete hijos por mujer, un exceso de casi cinco hijos sobre la tasa de reemplazo) resultaron en altas tasas de crecimiento en los años cincuenta y sesenta y, en algunos casos, hasta los ochenta. Pese a ello, la posterior disminución de la fecundidad fue muy diferente en los países. Alrededor de 1963 ese indicador comenzó a bajar en

Costa Rica y Panamá, de modo tal que a principios de los setenta en ambos casos la tasa global de fecundidad era inferior a cinco hijos por mujer. En El Salvador y Belice la reducción se dio de manera más lenta y no fue sino hasta el inicio de los años ochenta que la tasa global alcanzó niveles menores a cinco hijos por mujer. Por su parte, Honduras y Nicaragua experimentaron descensos de la fecundidad a partir de la década

de los setenta, pero a un ritmo mucho menor, y solo llegaron a niveles inferiores a cinco hijos por mujer en los años noventa. Guatemala es claramente un caso que sobresale en la región, ya que, aunque tuvo una merma gradual entre 1950 y 2000, su tasa de fecundidad permanecía en alrededor de cinco hijos por mujer a inicios del siglo XXI. Solo Costa Rica ha alcanzado niveles por debajo de la tasa de reemplazo.

Las mayores tasas de fecundidad por edad corresponden a los grupos de 20 a 24 y de 25 a 29 años. Centroamérica, junto con algunos países del Caribe, se caracteriza por un inicio temprano de la actividad sexual y la maternidad; sin embargo, en las últimas décadas en todo el Istmo se ha registrado un descenso de la fecundidad de las mujeres menores de 20 años. Costa Rica y Panamá tienen las tasas más bajas de la región.

La fecundidad después de los 30 años de edad descendió con celeridad durante los noventa. En Costa Rica y Panamá las tasas correspondientes a las mujeres de 30 a 34 años representaban cerca de un 40% de las relativas las mujeres de 25 a 29 años. En Guatemala y Honduras eran aproximadamente la mitad. Estas diferencias implican que en los países de más alta fecundidad (Guatemala y Honduras), además del inicio temprano de la maternidad, una alta proporción de mujeres sigue teniendo hijos después de los 30 años. Por el contrario, en las naciones donde ha bajado la fecundidad la experiencia de las mujeres con respecto a la maternidad se encuentra concentrada en unos pocos años (gráfico 2.4).

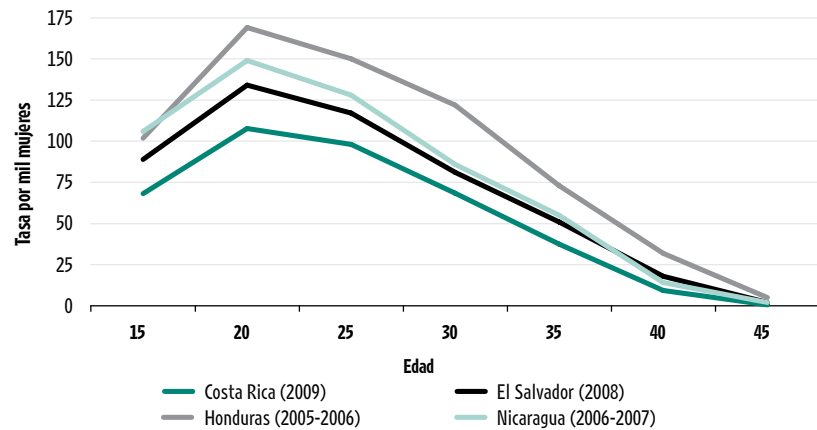
Probabilidades de muerte por grupos de edad son mayores para los hombres

Los cambios registrados en la mortalidad también tienen características diferentes en los países. En el período 1950-2010 el descenso de la mortalidad infantil (menores de 1 año) y en la niñez (de 1 a 5 años) fue más rápido que la reducción en las otras edades. La mortalidad infantil bajó a un tercio de su nivel original y la correspondiente a la niñez disminuyó cinco o más veces en

GRÁFICO 2.4

CENTROAMÉRICA

Tasas específicas de fecundidad por edad. 2005-2009



Fuente: Elaboración propia con base en INE-Honduras, 2006; Inide, 2008; ADS, 2009 y CCP-UCR, 2011.

casi toda la región (cuadro 2.2). Buena parte de este avance se logró gracias a intervenciones promovidas a nivel mundial, tales como la vacunación, la prevención de la deshidratación por diarreas y mejoras en la nutrición, entre otras, que redujeron sustancialmente la incidencia de enfermedades infecto-contagiosas en estos grupos de edad. La mortalidad en la niñez también disminuyó debido a mejoras en el saneamiento básico, el acceso a agua intradomiciliar y la calidad de la vivienda.

En las edades de entre 15 y 35 años la disminución en las tasas de mortalidad ha sido más lenta, en particular para los hombres. En el caso de las mujeres las reducciones de este indicador están asociadas a menores riesgos vinculados con el embarazo y el parto, en virtud de la adopción de métodos de planificación familiar, el control prenatal y el aumento en el número de partos atendidos institucionalmente. En los dos períodos analizados (1970-1975 y 2005-2010), la diferencia en la probabilidad de muerte entre hombres y mujeres en este rango etario se amplió en varias naciones del Istmo. En Costa Rica, Panamá y Guatemala los hombres tienen casi tres veces más probabilidades

de morir que las mujeres (cuadro 2.2). Lamentablemente no se tiene información precisa sobre causas de muerte en todos los países. Un factor asociado a las diferencias apuntadas es el peso, entre los hombres, de las muertes por causas externas (homicidios, accidentes y otras), sobre todo en edades productivas. En Costa Rica el 65% de las muertes ocurridas a hombres de 15 a 35 años de edad entre 2004 y 2009 se debieron a accidentes de tránsito, suicidios, homicidios y otros accidentes. En el caso de las mujeres este porcentaje fue de 27%².

Tasas de crecimiento poblacional por edad confirman distintos ritmos de transición en los países

Las diferencias por edad en las tasas de mortalidad y fecundidad determinan el crecimiento futuro de la población y modifican el peso relativo de cada grupo etario en la población total. En Centroamérica se pueden distinguir tres situaciones distintas al analizar los períodos 1970-2010 y 1970-2025. En la primera se ubican Guatemala y Honduras, que tienen tasas de crecimiento de la población menor de 15 años muy superiores a las del resto de los países (cuadro 2.3). La segunda situación es la de El Salvador, donde la

CUADRO 2.2

CENTROAMÉRICA

Probabilidades de muerte^{a/}, por grupos de edad. 1970-2010

País	0 a 1 año		1 a 5 años		5 a 15 años		15 a 35 años		35 a 65 años	
	1970-1975	2005-2010	1970-1975	2005-2010	1970-1975	2005-2010	1970-1975	2005-2010	1970-1975	2005-2010
Hombres										
Costa Rica	0,067	0,011	0,017	0,002	0,009	0,002	0,039	0,026	0,217	0,144
El Salvador	0,113	0,023	0,055	0,009	0,017	0,007	0,064	0,051	0,300	0,241
Guatemala	0,108	0,035	0,068	0,010	0,034	0,008	0,090	0,082	0,372	0,245
Honduras	0,112	0,031	0,071	0,013	0,030	0,009	0,095	0,043	0,369	0,213
Nicaragua	0,106	0,029	0,059	0,010	0,026	0,007	0,095	0,047	0,341	0,244
Panamá	0,048	0,021	0,027	0,006	0,015	0,005	0,047	0,037	0,241	0,169
Mujeres										
Costa Rica	0,054	0,009	0,018	0,001	0,006	0,002	0,022	0,009	0,162	0,083
El Salvador	0,097	0,019	0,051	0,007	0,016	0,006	0,035	0,028	0,230	0,157
Guatemala	0,096	0,025	0,069	0,009	0,032	0,006	0,076	0,031	0,310	0,160
Honduras	0,094	0,023	0,065	0,012	0,026	0,008	0,075	0,029	0,308	0,151
Nicaragua	0,089	0,022	0,059	0,009	0,024	0,006	0,083	0,024	0,293	0,177
Panamá	0,038	0,015	0,026	0,006	0,013	0,003	0,034	0,014	0,201	0,105

a/ Estimaciones realizadas a partir de las tablas de mortalidad implícitas en las proyecciones de población de cada país.

Fuente: Estimaciones y proyecciones de población del Celade, Cepal.

relación entre los grupos de edad está altamente influenciada por la migración; como este fenómeno se da de modo predominante entre personas en edades reproductivas, su salida modifica no solo el crecimiento de esos grupos de edad, sino también su aporte al total de nacimientos. En consecuencia, El Salvador tiene la tasa de crecimiento de la población más baja de la región.

La tercera situación es la de Costa Rica y Panamá, países en los que el crecimiento de la población de 35 años y más es sustancialmente mayor que el de la población más joven. En el período 1970-2010, las tasas de crecimiento del grupo de entre 35 y 64 años de Panamá fueron más del doble de las de Guatemala, Honduras y Nicaragua (cuadro 2.3). En estas dos naciones la mayor parte del crecimiento no se debe al comportamiento de las tasas de fecundidad, sino a la estructura por edad de la población. Hay una cantidad significativa de personas en edades reproductivas pero, como las tasas de fecundidad están disminuyendo, el crecimiento demográfico se está desacelerando.

CUADRO 2.3

AMÉRICA LATINA

Tasas de crecimiento de la población, según grupos de edad. 1970-2010 Y 1970-2025

País	0 a 14 años		15 a 34 años		35 a 64 años		65 y más	
	1970-2010	1970-2025	1970-2010	1970-2025	1970-2010	1970-2025	1970-2010	1970-2025
Belize	0,05	0,05	0,11	0,13	0,11	0,16	0,09	0,15
Costa Rica	0,04	0,03	0,11	0,10	0,15	0,18	0,15	0,22
El Salvador	0,01	0,00	0,06	0,07	0,08	0,11	0,12	0,16
Guatemala	0,09	0,10	0,10	0,14	0,10	0,15	0,14	0,19
Honduras	0,08	0,08	0,12	0,15	0,12	0,17	0,14	0,19
Nicaragua	0,06	0,05	0,11	0,11	0,11	0,16	0,15	0,21
Panamá	0,04	0,04	0,09	0,10	0,24	0,16	0,13	0,19
Argentina	0,04	0,04	0,06	0,06	0,05	0,08	0,09	0,13
Chile	0,00	0,00	0,06	0,06	0,10	0,12	0,12	0,17
Uruguay	0,00	-0,01	0,02	0,02	0,02	0,03	0,06	0,08

Fuente: Proyecciones de población del Celade, Cepal.

Estructura por edad de la población plantea nuevos retos y oportunidades

La forma en que va cambiando la relación entre los distintos grupos de edad tiene consecuencias importantes en los ciclos de vida económica de las personas, en los servicios educativos, sanitarios y de otra índole que demanda la población, así como en la seguridad social. Las personas pasan por distintas fases en las que varían su ingreso y su consumo, así como sus necesidades de transferencias. Básicamente se pueden distinguir cuatro períodos. En primer lugar, antes de los 15 años la mayoría de las niñas, niños y adolescentes estudia, muy pocos trabajan y casi todos dependen de los ingresos de sus padres. De los 15 a los 34 años las personas terminan de estudiar, se integran a la fuerza laboral y por lo general empiezan a formar sus propias familias. Entre los 35 y 64 años el grueso de la población consolida un vínculo más permanente con el mercado de trabajo y tiene los ingresos más altos de su vida laboral. Por último, luego de los 65 años las personas dejan el mercado de trabajo y requieren otras fuentes de ingreso (tales como pensiones, rentas o transferencias del Estado).

El tamaño relativo del grupo más joven con respecto a los otros tres tiene implicaciones significativas para la economía. Así por ejemplo, si la población menor de 15 años es mucho mayor que la de 15 a 34 años -cuyos miembros comienzan a integrarse a la fuerza laboral y se encuentran en las etapas iniciales de formación de la familia- se generará no solo una carga importante para el segundo grupo, sino también una fuerte presión por crear nuevos puestos de trabajo. Esta es la situación de la mayoría de los países de Centroamérica.

Proporción de población infante-juvenil es cada vez menor

Tal como se ha reiterado en anteriores ediciones de este Informe y al inicio de este capítulo, las naciones centroamericanas se encuentran en diversas fases de un proceso de transición demográfica que genera el fenómeno conocido

como “bono demográfico”, una situación en la que la población en edad de trabajar supera a la población dependiente en edad escolar o de retiro. Las personas menores de 15 años pasaron de representar un 40% de la población total del Istmo en el año 2000, a tan solo un 35% en el 2010, lo que confirma que en la última década el número de nacimientos descendió (gráfico 2.5). Esta reducción de la población infante-juvenil ha sido acompañada por un incremento importante en el grupo de 20 a 24 años, edades en las que las personas se insertan en la fuerza de trabajo. Este grupo continuará creciendo como resultado de la incorporación de los menores de 15 años a las edades productivas. Por otro lado, la magnitud relativa de la población en edad de trabajar (15 a 64 años) aumentó casi cuatro puntos porcentuales en el último decenio. En la actualidad este grupo representa el 59% de la población total del Istmo y para 2020 se espera que esa participación ascienda al 62%. Finalmente, el porcentaje de adultos mayores (con edades iguales o superiores a los 65 años) se incrementó cerca de un punto

porcentual, a la vez que la razón de masculinidad en ese grupo disminuyó hasta alcanzar un valor de 97 hombres por cada 100 mujeres (producto de la sobremortalidad masculina).

Si el contingente de personas jóvenes tiene buena salud, adquiere mejor educación, no migra y se integra a la fuerza de trabajo, impulsará el desarrollo de la región en el futuro próximo, dado que las cargas de dependientes (menores de 15 años y mayores de 65) serán aún relativamente bajas.

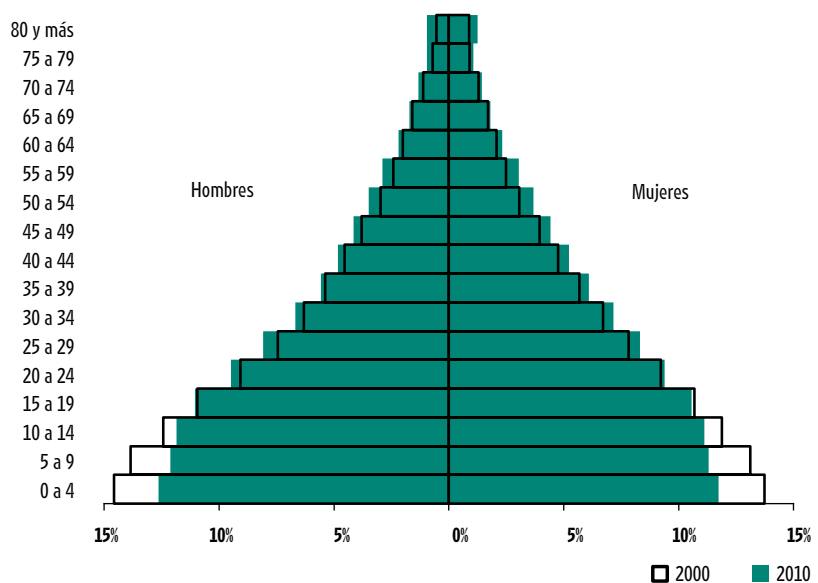
Estructura por edad evidencia envejecimiento de la población

Si se modifica el peso relativo de un grupo de edad, todos los demás cambian. Los gráficos 2.6 muestran la distribución porcentual de los distintos grupos para el período 1970-2025 en cada una de las naciones centroamericanas. En todos los casos resulta evidente la caída en el peso relativo de la población menor de 15 años -particularmente en países con transiciones más avanzadas, como Costa Rica- y el aumento en la importancia del grupo de 65 años y más.

GRÁFICO 2.5

CENTROAMÉRICA

Distribución de la población, por sexo y edad. 2000 Y 2010

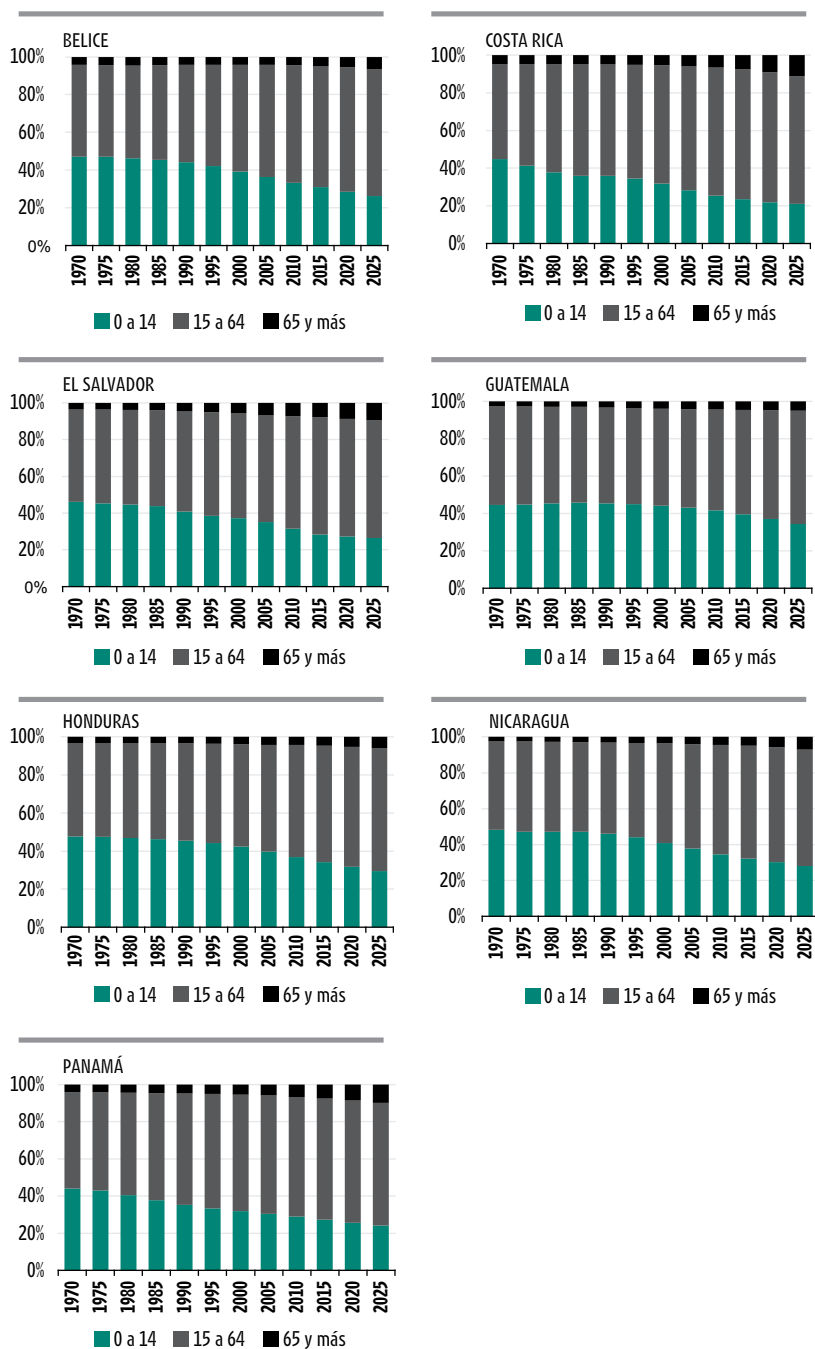


Fuente: Elaboración propia con base en Cepal, 2009.

GRÁFICOS 2.6

CENTROAMÉRICA

Distribución de la población, por grupos de edad. 1970-2025



Fuente: Elaboración propia con base en Celade-Cepal, 2004 y Cepal, 2009.

En la década de los setenta las personas menores de 15 años representaban entre un 43% y un 48% de la población, dependiendo del país. Para el año 2000, ese grupo había disminuido a aproximadamente un tercio en Costa Rica y Panamá. En El Salvador la reducción fue algo menor, pero también significativa, y en los demás países los cambios fueron pequeños. En 2010 este grupo de edad equivalía a un 25% en Costa Rica y se espera que caiga al 21% en el año 2025. En contraste, en Guatemala estas cifras son de 42% y 34%, respectivamente.

Otro de los cambios importantes tiene que ver con el peso relativo de la población de 65 años y más. En Costa Rica, Panamá y El Salvador la participación de este grupo está aumentando y en el 2010 representó entre el 6% y el 7% de la población total. En los próximos años los países que tendrán un mayor incremento de este grupo de edad serán Costa Rica y Panamá, donde aproximadamente una de cada diez personas tendrá más de 65 años.

Tal como se señaló anteriormente, la transición demográfica implica un envejecimiento de la población. El índice de envejecimiento expresa el número de personas de 65 y más años en la población por cada cien personas menores de 15 años (gráfico 2.7). En Centroamérica se observan dos patrones distintos. En Costa Rica, Panamá y El Salvador este indicador está aumentando y lo hará aun más rápido en el futuro; en el 2025, por ejemplo, en Costa Rica y Panamá habrá más de cuarenta personas de 65 y más años por cada cien personas menores de 15 años. En los demás países el envejecimiento es mucho menor y en los próximos años todavía habrá un fuerte predominio de las personas más jóvenes.

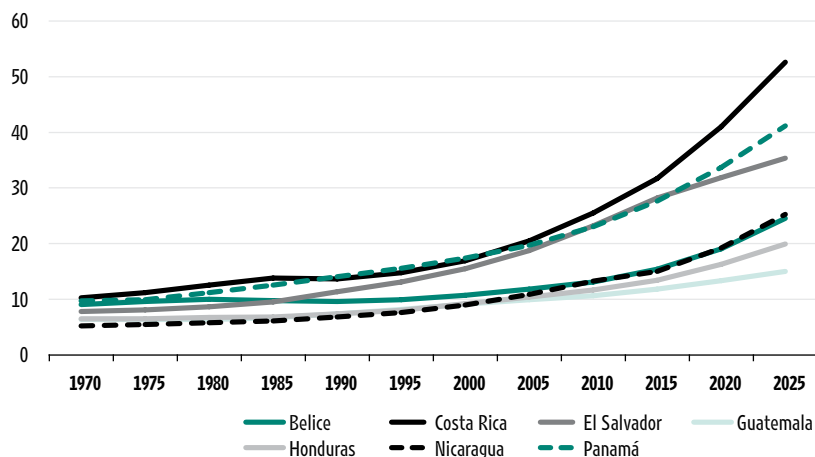
Creciente población en edad de trabajar

El crecimiento de la población en edad de trabajar es el cambio de mayores repercusiones económicas en los procesos de transición demográfica. En la mayoría de los países de América Latina, las altas tasas de fecundidad de los años cincuenta y sesenta dieron como resultado cohortes³ más grandes

GRÁFICO 2.7

CENTROAMÉRICA

Índice de envejecimiento^{a/}. 1970-2025



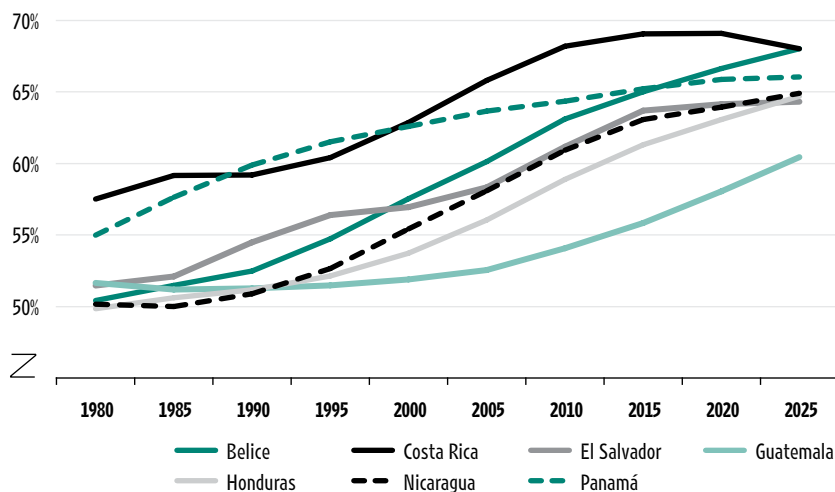
a/ Personas de 65 y más años por cada cien persona menores de 15 años.

Fuente: Elaboración propia con base en Celade-Cepal, 2004 y Cepal, 2009.

GRÁFICO 2.8

CENTROAMÉRICA

Porcentaje de población con edades entre 15 y 64 años. 1980-2025



Fuente: Elaboración propia con base en Cepal, 2009.

que las de décadas anteriores, lo que a partir de los setenta generó una cantidad creciente de personas en edad de trabajar, a medida que quienes habían nacido en la época de alta fecundidad fueron llegando a esta etapa.

En Centroamérica la proporción de personas en edad de trabajar (15 a 64 años) ha variado a distintos ritmos, dependiendo de la fase del proceso de transición demográfica en que estén los países. Tal como se observa en el gráfico

2.8, en Costa Rica la curva muestra dos “picos” de aumento del peso relativo de la población en edad de trabajar: un primer momento cuando las personas nacidas en los años cincuenta y principios de los sesenta empezaron a cumplir 15 años y un segundo momento -todavía vigente- cuando los hijos de estas generaciones comenzaron a llegar a esa edad. Una evolución similar, pero de menor intensidad, ocurrió en Panamá, que también experimentó un descenso de la fecundidad a partir de los años sesenta. Estos dos países tienen en la actualidad una situación particular, ya que el peso de su población de 15 a 64 años se encuentra muy cerca de un máximo histórico. En las demás naciones las cohortes de nacimientos también fueron numerosas, pero ello no se ha traducido en incrementos en el peso relativo de las personas en edad de trabajar; dado que en estos casos el descenso de la fecundidad fue menor, aún existe una proporción importante de población menor de 15 años. En Guatemala la población de 15 a 64 años apenas está registrando un leve aumento.

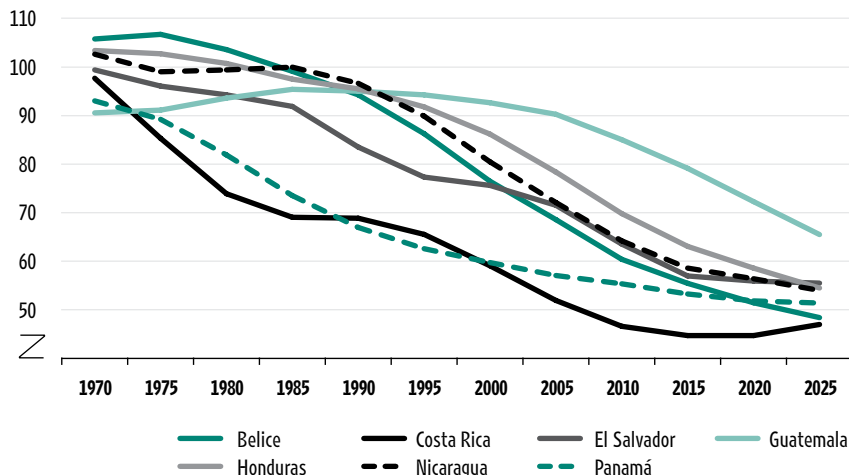
Cambios en las relaciones de dependencia plantean oportunidades y retos

Otra medida que permite valorar las implicaciones de los cambios en la estructura por edad de la población es la relación de dependencia demográfica⁴. Al analizar la evolución durante el período 1970-2025 (gráfico 2.9), se aprecia con claridad que alrededor de los años setenta esa relación era muy similar en todos los países: por cada persona en edad de trabajar había una persona dependiente. En las décadas posteriores este indicador decreció en toda la región, pero con mayor celeridad y hasta alcanzar niveles más bajos en Costa Rica y Panamá. Guatemala, el país más rezagado en la transición demográfica, no experimentó reducciones sino hasta en años recientes.

El aumento de la proporción de personas de 15 a 64 años con respecto a la población total y la reducción de la relación de dependencia son cambios importantes, pero no garantizan resultados económicos favorables.

GRÁFICO 2.9

CENTROAMÉRICA

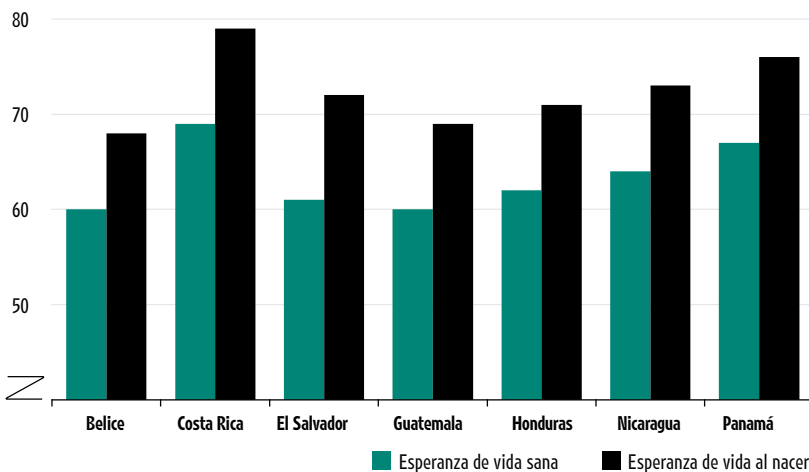
Razón de dependencia^{a/}. 1970-2025

a/ Relación de las personas "dependientes" (menores de 15 años y mayores de 64 años), por cada cien personas en edades "económicamente productivas" (entre 15 y 64 años de edad).

Fuente: Elaboración propia con base en Cepal, 2009.

GRÁFICO 2.10

CENTROAMÉRICA

Esperanza de vida al nacer y esperanza de vida sana^{a/}. 2007 (años)

a/ La esperanza de vida sana es una estimación del número de años que se puede vivir con "buena" salud.

Fuente: Elaboración propia con base en datos de OMS, 2009.

y sociales de los crecientes flujos de personas en edad de trabajar, además de contar con adecuadas condiciones de salud y educación, es necesario que el mercado genere oportunidades laborales suficientes y de buena calidad y remuneración. En este sentido, se requieren acciones estratégicas, tanto de los Estados como del sector privado, para lograr que la población en edad de trabajar se convierta en población económicamente activa.

Si se parte de la premisa de que entre los 15 y los 64 años un individuo produce en promedio más de lo que consume -a diferencia de las personas dependientes- la existencia de un amplio contingente de población en edad de trabajar que se integra a la vida productiva crea condiciones para el mejoramiento de los niveles de desarrollo de los países. Los excedentes incrementan la capacidad de ahorro e inversión de las economías, y para los sistemas de seguridad social implican flujos crecientes de aportes y la posibilidad de realizar inversiones para mejorar la cobertura y calidad de los servicios.

En Centroamérica la cobertura de los servicios de salud y pensiones es muy baja: cerca del 30% a nivel regional y en Nicaragua, Honduras y Guatemala apenas alcanza un 20% (véanse los capítulos 3 y 10). Debido a los ritmos de crecimiento de los distintos grupos de edad, en el largo plazo toda la región verá aumentar su población adulta mayor, mientras disminuye el grupo de menores de 15 años. Ello traerá consigo modificaciones sustantivas en el volumen y las características de la demanda por servicios de salud y cuidado (Celade-Cepal, 2009). Las necesidades y el perfil de morbilidad de la población adulta mayor serán factores determinantes de esa demanda y de los costos de atención. Un indicador para analizar y proyectar tales requerimientos es la estimación de la brecha entre la esperanza de vida al nacer y la esperanza de vida sana. En la mayoría de las naciones centroamericanas este indicador⁵ sugiere que la población se enfermará entre los 60 y los 64 años y, en promedio, vivirá con mala salud durante nueve años (gráfico 2.10). En Costa Rica

Por un lado, la población en edad de trabajar no equivale a la población inserta en la fuerza de trabajo. Factores como la permanencia de las personas más jóvenes en el sistema educativo, la

participación de las mujeres en el mercado laboral y la edad de retiro de las y los trabajadores de mayor edad determinan las diferencias entre esos dos grupos. Para obtener réditos económicos

y El Salvador esta brecha es aun mayor: diez y once años, respectivamente, lo que supone una considerable carga para los sistemas de salud pública y previsión social en estos países.

Se intensifican movimientos de la población entre y a lo interno de los países

Los patrones de ocupación del territorio en Centroamérica han ido cambiando a lo largo de la historia. En los últimos decenios, coyunturas políticas, sociales y económicas han determinado los movimientos de la población entre y a lo interno de los países. En los años setenta y ochenta los conflictos civiles y políticos motivaron procesos de migración dentro y fuera del Istmo. En las décadas siguientes las transformaciones económicas y el rezago social de ciertos grupos configuraron nuevos flujos, algunos de los cuales incluso fueron más intensos que en períodos previos. Entre los principales están las migraciones de las zonas rurales a las urbanas, los movimientos de población entre Nicaragua y Costa Rica, y las migraciones extrarregionales, particularmente hacia los Estados Unidos. Conocer las características y magnitud de esos procesos es clave para garantizar la pertinencia de las políticas públicas, a la luz de las necesidades y expectativas generadas por esta nueva fisonomía de la región.

Crecimiento de población urbana genera fuertes presiones

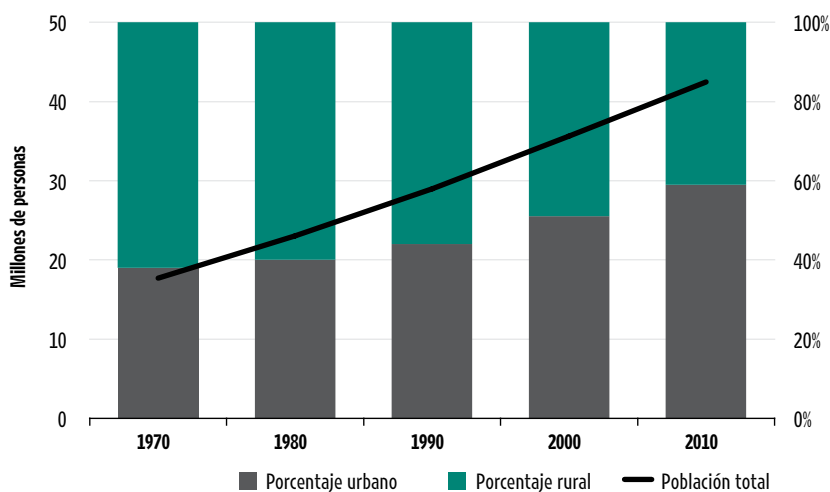
Entre 1970 y 2010 la población centroamericana pasó de 17,7 a 42,5 millones de habitantes. Este aumento fue acompañado por un creciente grado de urbanización; a nivel regional el peso de la población urbana aumentó en 21 puntos porcentuales en ese período (gráfico 2.11). Aunque la cantidad de pobladores de las zonas rurales también creció (cerca de 2% anual), lo hizo a un ritmo mucho menor que en las zonas urbanas (entre 3% y 4% anual).

El proceso de concentración de los habitantes en los centros urbanos es una tendencia mundial. Sin embargo, se manifiesta a distintos ritmos en América Latina y Centroamérica

GRÁFICO 2.11

CENTROAMÉRICA

Población total y distribución por área de residencia. 1970-2010

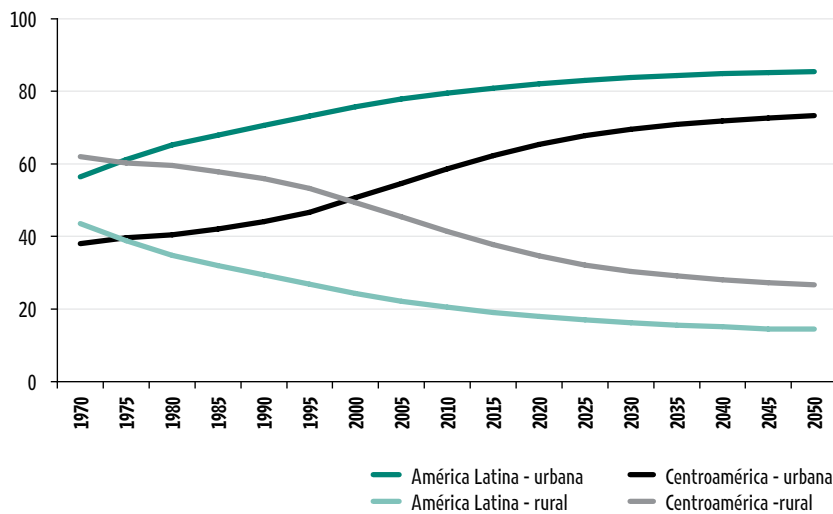


Fuente: Elaboración propia con datos de Celade, Cepal.

GRÁFICO 2.12

AMÉRICA LATINA Y CENTROAMÉRICA

Distribución de la población, por área de residencia. 1970-2050



Fuente: Elaboración propia con datos de Celade, Cepal.

(gráfico 2.12). En 1970, el 56% de la población latinoamericana residía en zonas urbanas, en tanto que el 62% de los centroamericanos habitaba en zonas rurales. No fue sino hasta cuatro décadas después (2000) cuando Centroamérica dejó de ser mayoritariamente rural.

Pese a que las definiciones de zonas urbanas y rurales varían entre los países, es posible afirmar que casi dos terceras partes de la población centroamericana se asientan en zonas urbanas. Esto no es una situación aislada, sino que es parte de un proceso que viven América Latina y el resto del mundo,

debido a la influencia recíproca de presiones ambientales, la concentración de infraestructura, servicios y la oferta laboral y educativa en las áreas urbanas, así como la transformación de las economías (mayor presencia del sector de servicios). La población que habita en zonas urbanas pasó de un 44,1% en 1990, a cerca de la mitad en el año 2000 y el 58,5% en el 2010 (gráfico 2.13). Estos niveles de crecimiento han modificado el uso del territorio y generado significativos incrementos en la demanda por infraestructura (habitacional, vial) y servicios (agua, saneamiento, transporte, recolección de desechos, salud, educación). La insuficiente planificación urbana, junto con debilidades financieras y técnicas de las entidades con competencias en esta materia, ha resultado en marcos institucionales, regulatorios y de control anquilosados y seriamente limitados para enfrentar las presiones ambientales, sociales y económicas de los centros urbanos de la región (las implicaciones de esta situación para la gestión del riesgo y la sostenibilidad ambiental se analizan en los capítulos 5 y 9).

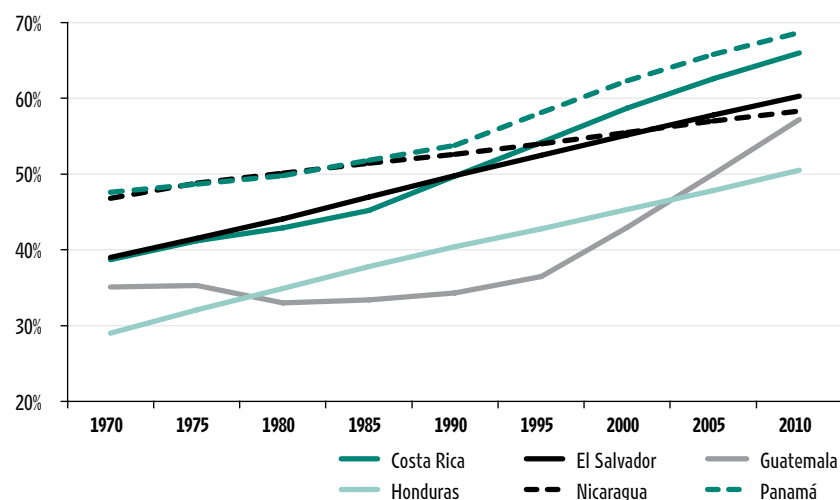
Si bien la proporción de población urbana de Centroamérica aumentó entre 2005 y 2010, en algunos países sudamericanos como Argentina, Uruguay y Venezuela los habitantes urbanos representaban más del 90% en el mismo período (Celade-Cepal, 2010). A lo interno del Istmo resultan claros el rápido proceso de urbanización que experimentó Guatemala en el último lustro (un incremento de 7,2 puntos porcentuales en la población urbana) y el leve aumento observado en Nicaragua (1,3 puntos porcentuales). El proceso de urbanización de Guatemala no fue siempre rápido como el registrado en los últimos cinco años; ocurrió entre 1970 y 1995 con lentitud, y fue en el 2005 cuando se produjo un punto de inflexión que dio paso al predominio de la población urbana sobre la rural. Este cambio se había dado a principios de los ochenta en Panamá y Nicaragua, y a finales de esa misma década en Costa Rica y El Salvador (gráfico 2.14).

Más allá de las capitales, surgen

GRÁFICO 2.13

CENTROAMÉRICA

Porcentaje de población urbana. 1970-2010

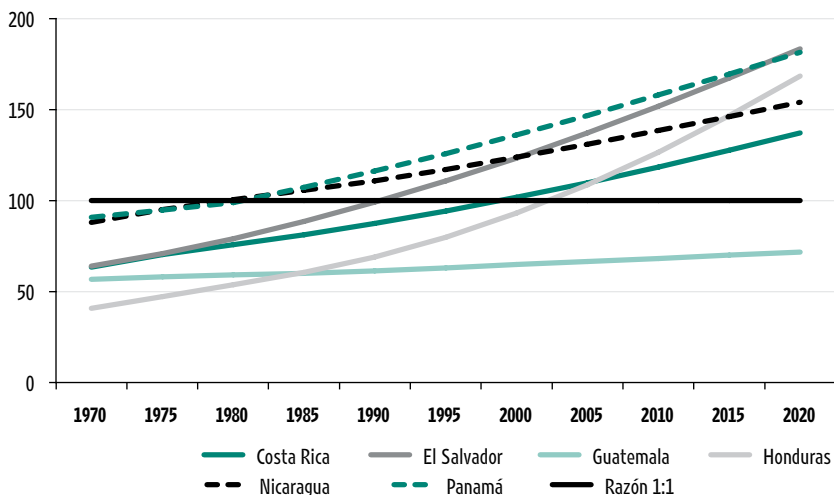


Fuente: Elaboración propia con datos de Celade-Cepal, 2010.

GRÁFICO 2.14

CENTROAMÉRICA

Razón de urbanismo. 1970-2020



Fuente: Elaboración propia con base en información del Celade, Cepal.

nuevos centros de concentración urbana

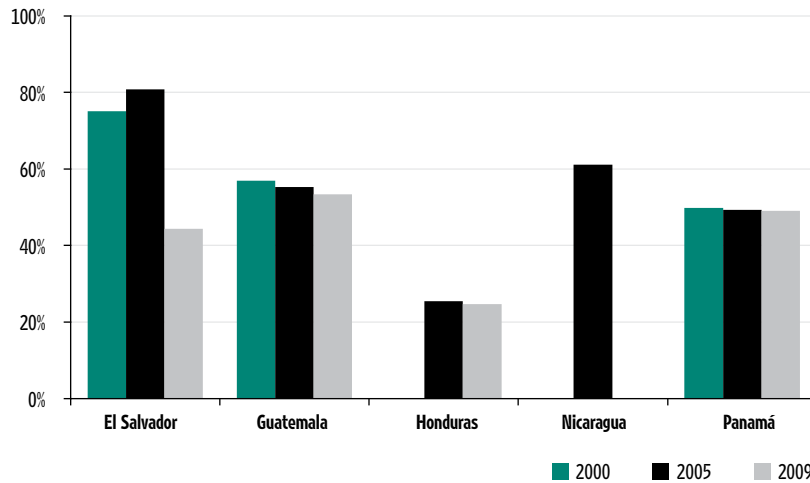
En Centroamérica un alto porcentaje de la población urbana reside en las ciudades principales, o en las áreas metropolitanas que estas han formado a su alrededor. Un caso particular es el de Panamá, donde casi la mitad de

esa población vive en la región metropolitana integrada por las ciudades de Panamá y Colón. Una situación parecida se da en Guatemala, donde más del 50% de los residentes urbanos se asienta en el área metropolitana de la ciudad capital. De manera contrastante, en el área metropolitana de Tegucigalpa resi-

GRÁFICO 2.15

CENTROAMÉRICA

Primacía de la región metropolitana principal. 2000, 2005 y 2009
(porcentaje de población urbana)



Fuente: Elaboración propia con base en Cepal, 1999.

CUADRO 2.4

CENTROAMÉRICA

Primera y segunda áreas geográficas con mayor concentración de población urbana. 2010
(porcentajes)

País	Municipio, cantón o distrito	Porcentaje de población urbana que concentra
Costa Rica	San José	13,0
	Desamparados	9,6
El Salvador	San Salvador	8,2
	Soyopango	7,0
Guatemala	Guatemala	15,2
	Mixco	6,9
Honduras	Distrito Central Tegucigalpa	23,4
	San Pedro Sula	15,5
Nicaragua	Managua	30,5
	León	4,8
Panamá	Panamá	36,3
	San Miguelito	16,5

Fuente: Elaboración propia con base en las estimaciones de población oficiales en cada país.

de únicamente el 25% de la población urbana, lo que convierte a Honduras en el país en que la primacía⁶ ha aumentado con menor fuerza; ello se debe a la importancia que ha cobrado San Pedro Sula como segundo polo de atracción de los habitantes (gráfico 2.15).

Si bien es evidente que las capitales albergan la mayor cantidad de población urbana (cuadro 2.4), han emergido nuevos centros de concentración. En Nicaragua, el municipio de León aglutina aproximadamente el 5% de los residentes urbanos, pero su importancia es aún baja si se compara con el municipio de Managua, donde en el 2010 vivía cerca de un tercio de la población urbana del país. En Honduras, la actividad industrial -encabezada por las empresas de maquila- ha convertido al municipio de San Pedro Sula en el segundo centro urbano del país, con más del 15% de esta población.

Migraciones intrarregionales se concentran entre Nicaragua y Costa Rica

La población centroamericana está en constante movimiento. Aunque la mayor parte de los migrantes tiene como destino países extrarregionales, como Estados Unidos y España, también existen importantes flujos migratorios a lo interno del Istmo.

El principal flujo intrarregional se origina en Nicaragua y tiene como destino Costa Rica, donde en el año 2000 residían 226.374 ciudadanos nicaragüenses (cuadro 2.5). Otras estimaciones cuantifican esta población en alrededor de 315.000 personas (Chen et al., 2000; Orozco, 2008). Antes de 1990, las comunidades expulsoras de migrantes hacia Costa Rica se ubicaban en su mayoría en el Atlántico Sur nicaragüense, lo cual sería un indicador de que este fenómeno, además de estar influido por factores socioeconómicos, estaba siendo determinado por la corta distancia entre los lugares de origen y la frontera, así como por los conflictos bélicos ocurridos en esas áreas. Esta situación también pudo haber contribuido a la formación de comunidades transfronterizas, mediante las cuales se propiciaría el movimiento de personas que, con el pasar de los años, fueron

fortaleciendo complejas redes sociales que hicieron cada vez más fácil el proceso migratorio y la inserción en la sociedad costarricense (Rayo, 2005).

Un estudio realizado en 2009 documentó la magnitud de la participación de la mano de obra nicaragüense en varios sectores económicos de Costa Rica (11% en agricultura, 12% en turismo, 17% en construcción y casi 30% en trabajo doméstico) y demostró la baja tasa de utilización de los servicios de salud de los nicaragüenses con respecto a los costarricenses, situación contraria a la presunción de que este grupo migratorio genera una carga social insostenible en Costa Rica (Herring y Bonilla, 2009).

Un segundo flujo importante de migraciones intrarregionales se produce de Guatemala hacia Belice. En el censo del año 2000 de este último país se contabilizaron casi 15.000 guatemaltecos, más del doble de los salvadoreños y casi el triple de los hondureños censados. También hay un considerable movimiento de hondureños hacia El Salvador: en el año 2007 su número ascendió a 10.387, casi un 49% más que los nicaragüenses (cuadro 2.5). En el caso de Costa Rica, el principal flujo migratorio intrarregional identificado en la ronda censal del 2000 fue el dirigido a Panamá. El auge económico generado por el sector inmobiliario y

financiero, y las obras para la ampliación del Canal, han convertido a ese país en un nuevo y atractivo destino para los migrantes centroamericanos.

Se intensifican las migraciones de centroamericanos hacia Estados Unidos

Analizar la migración internacional se complica por las debilidades en la disponibilidad y calidad de la información. Dado que la mayor parte de los flujos entre los países de origen y destino se realizan de manera irregular, a través de los llamados “puntos ciegos” fronterizos, los registros administrativos de ingresos y salidas están subestimados. Pese a estas dificultades, instrumentos de medición como los censos y las encuestas permiten una cuantificación aproximada de la cantidad de migrantes y sus características.

Con excepción de Costa Rica, que como se dijo recibe flujos considerables de ciudadanos nicaragüenses, y El Salvador, que ha empezado a adquirir importancia como receptor de migrantes, los demás países de la región son expulsores netos de población, que emigra principalmente hacia naciones desarrolladas como Estados Unidos y España.

Estados Unidos continúa siendo el principal destino de los centroamericanos. Estimaciones de la encuesta

American Community Survey, indican que en 2009 aproximadamente 2,9 millones de personas nacidas en el Istmo vivían en ese país, casi 320.000 más que las procedentes de América del Sur. De ellos, cerca del 35% ingresó a territorio estadounidense después del año 2000, lo cual evidencia un incremento en las migraciones en relación con el período 1990-1999.

El 52% de los centroamericanos contabilizados en Estados Unidos en el 2009 estaba en edad productiva (entre los 25 y los 44 años), el 48% estaba casado, solo el 7% contaba con una licenciatura universitaria y el 53% eran hombres (Oficina del Censo de los Estados Unidos, 2009). Un tercio de esa población residía en California y un 12% en Texas. Florida y Nueva York albergan al 11% y al 8% de los centroamericanos, respectivamente (Centro Hispano Pew, 2009).

En el período 2005-2009, El Salvador y Guatemala fueron los países de la región con mayor cantidad de migrantes en los Estados Unidos, 40% y 27%, en cada caso (Oficina del Censo de los Estados Unidos, 2009). Esas migraciones, al igual que las de Nicaragua, tuvieron como catalizador el conflicto armado de los años ochenta y los problemas económicos en las décadas siguientes.

En el año 2000, los migrantes salvadoreños representaron el 2,6% del total de población extranjera en Estados Unidos. Esa proporción llegó a casi tres de cada cien entre 2000 y 2008, cuando el flujo de migrantes originarios de El Salvador creció un 34%. Cuatro de cada cinco salvadoreños en Estados Unidos estaban en edades productivas, más de la mitad carecía de educación secundaria, dos tercios residían en California y un 15% en el estado de Texas (Oficina del Censo de los Estados Unidos, 2008).

En el caso de Guatemala, se estima que en el año 2000 vivían en los Estados Unidos 481.000 personas provenientes de ese país (Oficina del Censo de los Estados Unidos, 2000). Ocho años después la cantidad se había más que duplicado, hasta alcanzar las 986.000 personas. Menos de la mitad

CUADRO 2.5

CENTROAMÉRICA

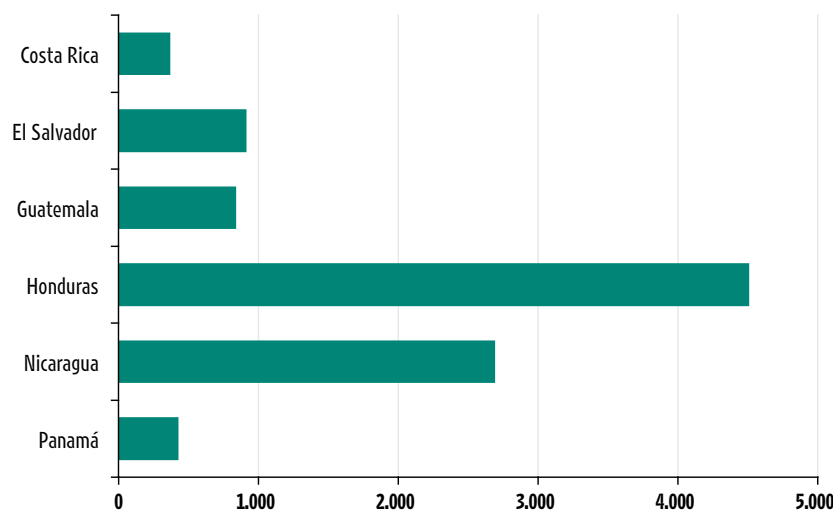
Población nacida en la región censada en países distintos al de su nacimiento. RONDA CENSAL DE 2000

País donde fueron censados	Costa Rica	El Salvador	Guatemala	Honduras	Nicaragua	Panamá
Belice (2000)	70	6.045	14.693	4.961	279	39
Costa Rica (2000)		8.714	1.996	2.946	226.374	10.270
El Salvador (2007)	779		7.904	10.387	6.958	402
Guatemala (2002)	265	12.484		5.491	5.604	197
Honduras (2001)	611	6.291	3.274		5.519	283
Panamá (2000)	4.565	1.862	590	823	4.883	

Fuente: Censos de población publicados de cada país.

GRÁFICO 2.16

AMÉRICA LATINA Y CENTROAMÉRICA

Inmigrantes centroamericanos en España^{a/}. 2009

a/ Se documentaron 9.760 inmigraciones procedentes de población de nacionalidades centroamericanas en España.

Fuente: Elaboración propia a partir de las estadísticas de variaciones residenciales del Instituto Nacional de Estadística de España.

de esos migrantes estaban casados, casi el 70% tenía edades entre 20 y 39 años, cuatro de cada diez vivían en California y una quinta parte de ellos estaba en condiciones de pobreza. Las principales causas actuales de la migración guatemalteca a Estados Unidos son la búsqueda de empleo y el mejoramiento de las condiciones económicas (Idies y Fundación Konrad Adenauer Stiftung, 2010).

En lo que concierne a España, el Censo de Población y Viviendas realizado en el 2001 registró 6.636 centroamericanos. Sin embargo, en las Estadísticas de Variaciones Residenciales del año 2009 se reportó un total de 9.760 ciudadanos del Istmo en ese país, lo que evidencia un incremento en los flujos, la mayor parte de ellos asentados en Barcelona y Madrid. El 46% de los ciudadanos centroamericanos contabilizados en 2009 eran hondureños y solo un 3,8% procedía de Costa Rica (gráfico 2.16).

Migraciones generan contradictorias implicaciones sociales y económicas

En el corto plazo, las migraciones generan remesas familiares y son una vía de escape para personas que enfrentan limitaciones de acceso a las oportunidades de progreso económico y social en sus naciones de origen. En el largo plazo, estos flujos erosionan el capital humano de los países, pues la mayoría de quienes se van está en edad productiva y tiene un nivel educativo superior al promedio de sus compatriotas. La emigración le ha brindado a los centroamericanos una alternativa, primero para huir de la guerra y el conflicto político, después para evadir la pobreza y el desempleo. Sin embargo, la intensificación de este fenómeno durante las últimas décadas compromete el futuro de la región. Dadas las condiciones de transición demográfica en que se encuentra Centroamérica, perder contingentes crecientes de población en

edad productiva reduce sus posibilidades de aprovechar el bono demográfico para impulsar su desarrollo (recuadro 2.2).

Tal como se documentó en el *Informe Estado de la Región (2008)*, las migraciones, sobre todo las extrarregionales, conllevan serios riesgos para los migrantes y sus familias. Estos tienen que ver con la inseguridad física y patrimonial y el debilitamiento de las redes afectivas y de apoyo, aparte de las contingencias directamente relacionadas con el viaje desde Centroamérica hasta los países de destino. Los crecientes flujos de mujeres y menores no acompañados exacerbaban tales amenazas.

En lo que concierne a las remesas, en la última década ingresaron a la región cerca de 23.023 millones de dólares por este concepto. El 88% de ese monto correspondió al dinero remitido por los migrantes salvadoreños, guatemaltecos y hondureños a sus familias. Entre los años 2005 y 2009, mientras las remesas de los salvadoreños residentes en el exterior crecieron casi un 15%, las enviadas por migrantes de Belice y Honduras, aumentaron un 74% y un 39%, respectivamente (cuadro 2.6).

Un estudio realizado en 2007 encontró que el 55% de los receptores de remesas en Centroamérica tenía entre 18 y 34 años por edad, y que el 58% de quienes las recibían eran mujeres. También documentó que casi tres cuartas partes de ese dinero se destinaba a alimentación, electricidad y ropa, lo que representa un 15% más del monto que dedican a esos gastos los receptores de remesas en México (Bendixen & Associates, 2007). Ello coincide con lo señalado en el *Informe Estado de la Región (2008)*, en el sentido de que las remesas les permiten a las familias enfrentar la pobreza. De acuerdo con Trejos (2011), si los hogares no contarán con este ingreso, la pobreza global aumentaría en torno a siete puntos en El Salvador, tres puntos en Panamá y no más de un punto porcentual en Costa Rica.

Por la importancia del tema, los derechos de los migrantes, y las migraciones en general, son objeto de creciente atención por parte de la comunidad

RECUADRO 2.2

La fuga de cerebros

En la literatura especializada hay un intenso debate acerca de las implicaciones prácticas de la migración de mano de obra calificada. Para algunos, la economía de mercado supone la libre movilización del capital humano; otros consideran que la migración es desfavorable para los países en desarrollo, pues los priva de uno de sus recursos más valiosos y, sobre todo, escasos: población calificada y en edad productiva.

Tradicionalmente se ha visto la migración como la salida de seres humanos de bajo nivel educativo y escasa preparación, hacia países de destino que les ofrecen mayores oportunidades de empleo como mano de obra barata y no calificada. Sin embargo, este no es el único tipo de migración que existe. La otra cara de la moneda es la migración de trabajadores con altos niveles educativos, por lo general denominada "fuga de cerebros" (*brain drain* en inglés). Un migrante calificado es aquel que posee al menos educación universitaria (Docquier y Marfouk, 2005). La fuga de capital humano calificado o fuga de cerebros se refiere a la transferencia internacional de recursos humanos, en particular la migración de individuos con una educación relativamente alta, de países en desarrollo a países desarrollados (Docquier et al., 2007).

Entre quienes hacen hincapié en el impacto negativo de la fuga de cerebros, un argumento central es que este fenómeno reduce el nivel promedio de calificación de la población económicamente activa en los países de origen, mientras que las naciones de destino obtienen

los beneficios de un recurso humano calificado en cuya formación no tuvieron que invertir. Por el contrario, desde la óptica de los efectos positivos se menciona que la fuga de cerebros estimula la acumulación de capital humano y el envío de remesas, así como el crecimiento económico y la transferencia tecnológica. Además se señala que podría tener un impacto positivo en materia de gobernabilidad, al reducir la corrupción y la discriminación étnica (para un resumen detallado de estas dos visiones véase Docquier, 2006 y Docquier y Marfouk, 2005). Hay quienes incluso hablan de *brain circulation* o *brain exchange*, es decir, circulación o intercambio de cerebros (Pellegrino, 2001).

A nivel mundial, el número de inmigrantes calificados en los seis países de mayor recepción ha crecido un 6%, el doble del aumento en la tasa total de migrantes. De acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas, los flujos hacia los países desarrollados representaron el 53% de la migración global en 1990 y el 60% en 2000 (Docquier y Marfouk, 2005). En el mismo período, el número de migrantes altamente calificados pasó de 12,4 a 20,4 millones, al tiempo que el de no calificados subió de 18,8 a 21,5 millones (Docquier, 2006). En cuanto a los factores asociados a la fuga de cerebros, los expertos mencionan como elementos clave la inestabilidad política, el fraccionamiento interno en los países de origen, mejores oportunidades laborales y los vínculos coloniales (Docquier et al., 2007).

Una estimación reciente indica que Centroamérica es la segunda región del continente americano (superada solo por

el Caribe) en la que se da una mayor de fuga de cerebros, con una proporción de migrantes calificados de alrededor del 20% (Docquier, 2006). Se considera que un factor determinante en esta situación es la proximidad o cercanía del Istmo con los países de destino, en particular los Estados Unidos. Para El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá cerca del 30% de su fuerza laboral con educación universitaria reside hoy en territorio estadounidense. El porcentaje es menor en países de mayor ingreso en Latinoamérica, como Brasil, Argentina, Chile, Costa Rica, Uruguay y Venezuela, en los que la cifra ronda el 5% (Özden, 2005). Por otra parte, Nicaragua (19%), El Salvador (18%) y Honduras (15%) sobresalen entre las naciones con mayor fuga de personas altamente calificadas con edades superiores a 22 años (Docquier, 2006).

En algunos países de Europa del Este y Asia se han creado incentivos para traer de vuelta a los migrantes calificados. Diversos estudios de caso evidencian que el retorno de esta población ha tenido impactos positivos en la creación de nuevas empresas (McCormick y Wahba, 2001) y el desarrollo de sectores como la industria de alta tecnología en la India y China (Commander et al., 2004; Luo y Wang, 2002). Este tipo de iniciativas podría permitirle a Centroamérica recuperar y beneficiarse del capital humano altamente calificado que en la actualidad vive fuera de la región.

Fuente: Elaboración propia con base en la bibliografía citada.

CUADRO 2.6

CENTROAMÉRICA

Ingresos por remesas totales. 2000, 2005 y 2009
(millones de dólares)

País	2000	2005	2009
Belice	27,8	46,0	80,0
Costa Rica	12,3	203,8	264,8
El Salvador	1.750,7	3.017,1	3.465,0
Guatemala	563,4	2.992,8	3.912,3
Honduras	440,6	1.775,8	2.475,7
Nicaragua	320,0	615,7	768,4
Panamá		123,0	168,0

Fuente: Elaboración propia con información del Consejo Monetario Centroamericano y la Unidad de Migración y Remesas del Banco Mundial.

internacional. En el recuadro 2.3 se sintetizan las principales acciones regionales en este tema.

Delitos de trata de personas presionan la institucionalidad para la efectiva protección de derechos

Según el informe *Trafficking in persons: global patterns* de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (Onudd), en el año 2006 la trata de personas en el mundo era generada por 127 países, entre los cuales destacaban, en América Latina, Guatemala, México y República Dominicana. México es un importante lugar de destino y tránsito para víctimas de este delito provenientes de Centroamérica y el sur

RECUADRO 2.3

Principales acciones regionales en materia migratoria

La creación de la Conferencia Regional sobre Migración (CRM), en 1996, brindó un espacio para la coordinación de acciones en materia de migraciones. Esta instancia la conforman las siete naciones centroamericanas, Canadá, Estados Unidos, México y República Dominicana. Además participan como observadores otros países, organizaciones de la sociedad civil y organismos de integración regional. Las ONG que forman parte de la Red Regional de Organizaciones Civiles para las Migraciones han entablado un importante diálogo con los Estados en el entorno de la CRM y asisten como invitadas a las reuniones viceministeriales.

El Plan de Acción de la CRM tiene tres ejes: políticas y gestión migratoria, derechos humanos, y migración y desarrollo. Durante los últimos años los principales temas de la agenda de trabajo de la CRM han sido los siguientes:

- Repatriación digna, ordenada, ágil y segura de nacionales centroamericanos por vía terrestre. En noviembre de 2009 se amplió la vigencia del Memorandum de Entendimiento suscrito en 2005 por los gobiernos de México, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, así como del "Manual de pro-

cedimientos para la repatriación de extranjeros centroamericanos a disposición de las autoridades migratorias mexicanas".

- Trata de personas, tráfico ilícito de migrantes y protección de los derechos humanos de las víctimas. Entre 2009 y 2010 se analizó la legislación vigente en los países para identificar fortalezas y vacíos. Se ha difundido información y brindado capacitación a diversos sectores, con el propósito de generar acciones de cooperación internacional en áreas como intercambio de información, prevención y control, protección de víctimas y procesamiento efectivo de criminales. En marzo del 2009 se realizó la Segunda Reunión de los Comités, Coaliciones y Mesas contra la Trata de Personas en la Región.
- Protección consular en comunidades fronterizas. En este ámbito los esfuerzos se han dirigido a la identificación de problemas derivados de la concentración de migrantes en las zonas fronterizas, la protección para facilitar su pronto retorno, la atención de sus condiciones de salud y el desarrollo de campañas e iniciativas de seguridad fronteriza por parte de los Estados.

- Protección de nacionales en países extranjeros. Promoción de políticas para la ayuda a emigrantes y creación de un centro de llamadas para asistir a esta población.

- Atención de niños, niñas y adolescentes migrantes no acompañados. Las acciones se han concentrado en la definición de lineamientos para atender y reducir la vulnerabilidad de esta población en los países miembros de la CRM.

- Trabajadores migratorios temporales. A partir del intercambio de experiencias, los países miembros de la CRM han buscado generar iniciativas que conduzcan al diseño de programas exitosos para la gestión de estos flujos de población. En el 2011, un taller realizado en República Dominicana abordó temas como la migración laboral Sur-Sur y sus implicaciones para la formulación de políticas migratorias, inteligencia del mercado laboral, mecanismos de cooperación internacional y manejo de información, entre otros.

Los derechos de los migrantes, y las migraciones en general, son objeto de creciente atención por parte de la comunidad internacional. Diversos organismos

RECUADRO 2.3

→ CONTINUACIÓN

Principales acciones regionales en materia migratoria

multilaterales han creado comisiones especiales para el abordaje del tema y en el contexto centroamericano los países han hecho importantes avances. Empero, existen severas deficiencias en la coordinación de políticas regionales y en las capacidades para ejecutar las decisiones. De ahí el impulso que la Comisión Centroamericana de Directores de Migración (OCAM) ha venido dando a una serie de iniciativas tendientes a superar esas debilidades. Durante el período 2008-2011 los principales asuntos que han formado parte de su agenda son:

- Establecimiento de un marco jurídico regional centroamericano para la gestión migratoria en temas como intercambio de información, tratamiento de los flujos migratorios intra y extrarregionales, zonas vecinales o transfronterizas, y formación y capacitación de recursos humanos especializados en las direcciones de migración.
- Definición de una política migratoria integral para facilitar la acción

en áreas como: inmigración regional, emigración extrarregional, mercado laboral intrarregional, acceso a servicios sociales básicos, migración irregular y trata de personas, políticas públicas, turismo, infraestructura, estadísticas y protección de datos. Esta iniciativa es apoyada por la Oficina Regional para Centroamérica y México de la OIM.

- Impulso al proceso de integración y movilidad de personas de cara al Programa Regional de Seguridad Fronteriza en América Central (Sefro) cuyo objetivo es fortalecer la seguridad en las fronteras con apoyo institucional, técnico y tecnológico, promoviendo una mayor conectividad y un manejo integrado y compartido de la información en los sectores fronterizos. El programa cuenta con la cooperación de la Unión Europea y fue lanzado en octubre del 2010.
- Cumplimiento de los acuerdos y compromisos del CA-4, especialmente en lo relacionado con la libre circulación de personas entre Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua.

- Homologación de visas. Se creó una Comisión de Homologación de Visas, la cual se ha reunido en diversas ocasiones para definir requisitos comunes y diseñar un sistema unificado a nivel regional.

El derrocamiento del gobierno hondureño en el 2009 generó un impasse, tanto en la CRM como en la OCAM, e incluso generó que los países vecinos modificaran los procedimientos de control fronterizo con Honduras.

Finalmente, cabe destacar que los Ministerios de Trabajo, con el apoyo de la OIM y el Observatorio Laboral de la OIT, han venido analizando mecanismos jurídicos e institucionales para permitir la libre movilidad de trabajadores centroamericanos.

Fuente: CRM, 2010 y SICA, 2011.

del continente. Datos de la Oficina de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) revelan que entre junio de 2005 y diciembre de 2007 en esa nación se detectaron y/o asistieron cincuenta casos. Pese a la creciente divulgación y sensibilización sobre este problema, su incidencia ha aumentado. La inmensa mayoría de las víctimas identificadas en México provenía de Guatemala, Honduras y El Salvador; se trataba principalmente de mujeres (86%) con edades de entre 10 y 50 años, con predominio de niñas y adolescentes (Onudd, 2006).

Pese a que la trata de personas⁷ está tipificada como una violación a derechos humanos fundamentales, una forma moderna de esclavitud y una actividad ilícita del crimen organiza-

do a nivel transnacional y nacional, Centroamérica no está suficientemente preparada ni equipada para enfrentar la complejidad de este delito. En 2010, el Departamento de Estado de los Estados Unidos señaló que los países del área deben fortalecer sus capacidades institucionales para encarar de manera efectiva este fenómeno, tanto en lo que concierne a la prevención y represión de su ocurrencia, como a la protección de las víctimas y testigos. Dada su reciente aparición en el panorama delictivo del Istmo, ocupa un lugar secundario en las agendas y políticas de seguridad ciudadana de los Estados y de la región en su conjunto, en comparación con los esfuerzos que se dedican a la lucha contra el narcotráfico y otras manifestaciones de la

criminalidad transnacional organizada, las cuales son vistas como de mayor peligro para la estabilidad y la gobernabilidad de los países.

En la última década es posible reconocer avances en el combate a la trata de personas. En todo el Istmo se hicieron reformas a la legislación penal para incluir este delito. Algunas de ellas han sido integrales (como los nuevos códigos penales de Panamá y Nicaragua, ambos del 2007) y otras parciales (Costa Rica 1999, 2007 y 2009, El Salvador 2003 y 2004, Guatemala 2004 y 2009, y Honduras, 2005). Este fortalecimiento del marco jurídico a nivel nacional responde, entre otras razones, a la ratificación de una serie de instrumentos internacionales de derechos humanos por parte de los Estados (cuadro 2.7).

A nivel centroamericano se han suscrito diferentes acuerdos multilaterales y bilaterales que posibilitan el intercambio de información y asistencia en materia penal, específicamente en asuntos relacionados con la trata de personas. Entre ellos cabe destacar el Tratado de Asistencia Legal Mutua en Asuntos Penales, adoptado en 1993 y ratificado por todos los países en el 2000. Hay otros instrumentos de más reciente aprobación, cuya ratificación está pendiente, como por ejemplo el Tratado Centroamericano relativo a la Orden de Detención y Extradición Simplificada (firmado en Nicaragua el 2 de diciembre de 2005) y el “Convenio centroamericano para la protección de víctimas, testigos, peritos y demás sujetos que intervienen en la investigación y en el proceso penal, particularmente en la narcoactividad y la delincuencia organizada” (suscrito en Guatemala el 11 de diciembre de 2007). En el ámbito bilateral se reportan acuerdos entre Guatemala y México, y entre El Salvador y Estados Unidos (OIM et al., 2008). En el nivel más operativo, otro hecho positivo es que en el 2010

todas las naciones del área contaban con una plataforma interinstitucional e intersectorial (coaliciones, secretarías o unidades especializadas) con responsabilidades asociadas al combate de este delito y la protección de sus víctimas.

En contraste con lo anterior, en todos los países llama la atención el bajo número de denuncias presentadas ante las instancias competentes y el reducido porcentaje de estas que concluye con una sentencia condenatoria. En Costa Rica, un estudio de expedientes judiciales tramitados entre 1998 y 2007 encontró un total de nueve casos vinculados a la trata de personas, en su mayoría de mujeres que se presume fueron victimizadas en territorio costarricense e identificadas durante su traslado al extranjero. En Honduras, el Ministerio Público dio curso a once causas por este delito durante el 2006 y hasta octubre de 2007. Por su parte, la Dirección General de Investigación Criminal de ese mismo país recibió 56 denuncias por delitos asociados a la trata de personas en los últimos cinco años, de las cuales solo catorce corresponden a la trata de mujeres con fines

de explotación sexual. En El Salvador, Nicaragua y Panamá, los casos son contabilizados por los órganos policiales, que reportaron 127, 49 y 16 denuncias, respectivamente, en el período 2005-2007. En Guatemala, dada la ausencia de estadísticas oficiales, se hizo un recuento de noticias relacionadas con este fenómeno, que dio como resultado 46 denuncias en medios de comunicación entre 2005 y 2007 (Hidalgo, 2008).

En cuanto a la trata de personas menores de edad con fines sexuales, estudios cualitativos realizados entre 2005 y 2009 (Grillo y Monge, 2006; Grillo, 2010), identificaron y sistematizaron dos grupos de factores de carácter político-social que Centroamérica debe atender para enfrentar de manera efectiva este delito, a saber:

i) Factores que incrementan la vulnerabilidad de la población:

- La pobreza y la exclusión que subyacen a la trata de personas como estrategia de supervivencia para las víctimas y sus familias.

CUADRO 2.7

CENTROAMÉRICA

Instrumentos internacionales contra la trata de personas suscritos por los países, según fecha de ratificación legislativa

País	Costa Rica	El Salvador	Guatemala	Honduras	Nicaragua	Panamá
Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (Cedaw, por su sigla en inglés)	4 de abril de 1986	14 de agosto de 1981	12 de agosto de 1982	3 de marzo de 1983	17 de julio de 1980	26 de junio de 1980
Convención de Belem do Pará	5 de julio de 1995	13 de noviembre de 1995	4 de enero de 1995	4 de julio de 1995	6 de octubre de 1995	26 de abril de 1995
Convención de los Derechos del Niño	21 de agosto de 1990	10 de julio de 1990	6 de junio de 1990	10 de agosto de 1990	5 de septiembre de 1990	12 de diciembre de 1990
Protocolo de la Convención de Derechos del Niño relativo a la venta y prostitución de menores	9 de abril del 2002	17 de mayo del 2004	9 de mayo del 2002	8 de mayo del 2002	2 de diciembre del 2004	9 de febrero del 2001
Convención Interamericana sobre Tráfico Internacional de Menores	22 de mayo del 2001	17 de octubre del 2005			7 de octubre del 2005	18 de agosto del 2004
Convenio 182 de la OIT	10 de septiembre del 2001	12 de octubre del 2000	11 de octubre del 2001	25 de octubre del 2001	6 de noviembre del 2000	31 de octubre del 2000
Protocolo contra la Trata de Personas	9 de septiembre del 2003	18 de marzo del 2004	1 de abril del 2004		12 de octubre del 2004	18 de agosto del 2004

Fuente: OIM et al., 2008.

- La alta movilidad de la población en rutas que mayoritariamente se dirigen de sur a norte.
- El potencial de penetración y corrupción institucional que han alcanzado las organizaciones criminales que incurrir en este delito, tanto a nivel local como nacional y transnacional.

ii) Factores que incrementan el riesgo de los países:

- La persistencia de vacíos en la legislación, falta de políticas de repatriación e institucionalidad que atiendan a las víctimas.
- La insuficiencia de recursos humanos debidamente capacitados, así como de otros recursos de tipo tecnológico, material y financiero.
- La fragilidad de las fronteras terrestres y de sus puntos de acceso marítimo y aéreo.

Los grupos rezagados: población rural e indígena

No toda la población centroamericana se encuentra en la misma situación en términos demográficos. A lo interno de los países existen gradientes y diferencias que evidencian las desventajas de ciertos grupos, los cuales incluyen, pero no se limitan, a sus comunidades rurales e indígenas. Estos grupos enfrentan barreras que limitan sus oportunidades y el desarrollo de sus capacidades. Su rezago en el acceso a servicios como salud y educación, agua potable y saneamiento, mercado laboral e infraestructura productiva, queda manifiesto en las brechas en su perfil demográfico con respecto al resto de la población.

Más allá de los rezagos en materia demográfica, las poblaciones rurales e indígenas de Centroamérica continúan enfrentando desventajas socioeconómicas que les impiden mejorar sus niveles de desarrollo y calidad de vida. La pobreza, flagelo no superado en la región, las afecta con mayor crudeza. El análisis de las brechas socioeconómicas de estos grupos se incluye en el capítulo 3 de este Informe.

Transición demográfica en las zonas rurales es más lenta

La población rural de Centroamérica está rezagada en la transición demográfica con respecto a la población urbana. Sin excepción, el porcentaje de habitantes rurales que se encuentran entre los 15 y los 64 años es menor que el de sus pares urbanos, lo cual evidencia que aún tienen altas tasas de fecundidad y que sus estructuras de edad son más jóvenes. La migración interna e internacional, al igual que mayores tasas de mortalidad, han resultado en una situación desfavorable para este grupo. Debido a la migración, que como se indicó anteriormente expulsa población en edad productiva y con un nivel educativo superior al promedio en sus lugares de origen, quedan en las zonas rurales personas poco calificadas y una considerable cantidad de menores de 15 años y adultos mayores. En el 2010, Panamá fue el país con la mayor brecha urbano-rural en la población entre 15 y 64 años (cerca de 9 puntos porcentuales), mientras que en Costa Rica la diferencia fue de solo de 4,3 puntos porcentuales (gráfico 2.17).

Una característica común en el Istmo es el claro predominio de mayores tasas globales de fecundidad en las zonas

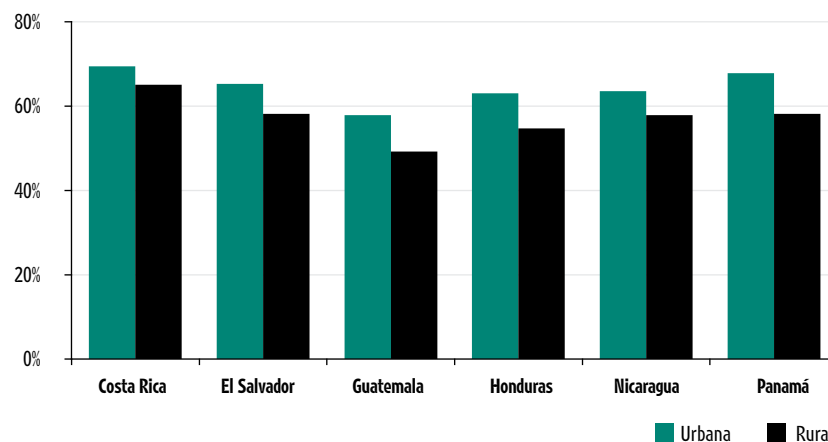
rurales con respecto a las urbanas. La brecha más importante en este indicador se observa en Nicaragua, donde durante el quinquenio 2001-2005 las mujeres rurales tuvieron, en promedio, dos hijos más que las mujeres urbanas (cuadro 2.8). Asimismo, el nivel de fecundidad registrado en las áreas rurales de Nicaragua tiende a alejarse de la tasa de reemplazo (propia de países y regiones desarrolladas) de dos hijos por mujer. En El Salvador también se observa este tipo de diferencias, pero no en magnitudes tan dramáticas.

En cuanto a la mortalidad infantil, las zonas rurales se encuentran, sin excepción, en clara desventaja frente a las zonas urbanas (gráfico 2.18). Esta situación se relaciona con la carencia de infraestructura sanitaria adecuada en las áreas rurales, lo que resulta en un menor control prenatal y mayor cantidad de partos no asistidos por personal calificado, además de la extendida incidencia de la desnutrición y el limitado acceso a agua y saneamiento. En Guatemala, en el 2008, la tasa de mortalidad infantil en las zonas rurales fue muy superior a la de las zonas urbanas (once muertes más por cada mil nacidos). Si bien la brecha entre ambas zonas ha disminuido con respecto a

GRÁFICO 2.17

CENTROAMÉRICA

Población entre 15 y 64 años de edad, por área de residencia. 2010
(porcentaje con respecto a la población de cada área)



Fuente: Elaboración propia con datos del Celade, Cepal.

CUADRO 2.8

CENTROAMÉRICA

Tasa global de fecundidad, según área de residencia

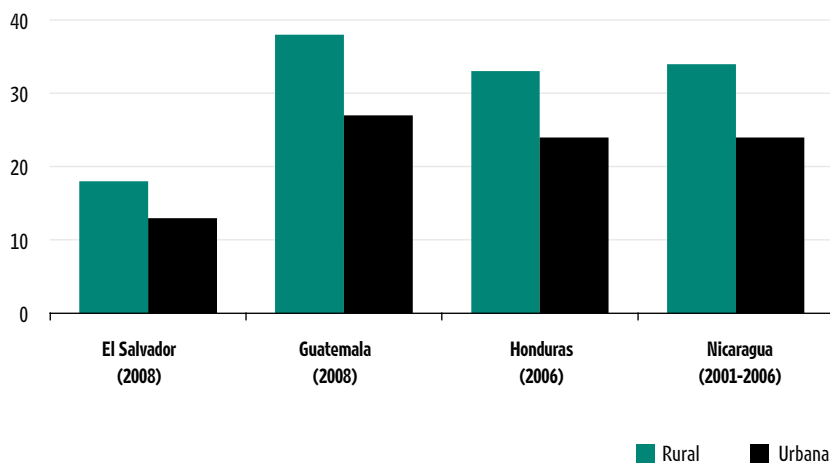
País	Rural	Urbana
El Salvador (2003-2008)	3,0	2,1
Guatemala (2008-2009)	4,2	2,9
Honduras (2005-2006)	4,1	2,6
Nicaragua (2006-2007)	3,5	2,2

Fuente: Fuente: Elaboración propia con base en INE-Honduras, 2006; Inide, 2008; ADS, 2009 e MSPAS et al., 2009 y CCP-UCR, 2011.

GRÁFICO 2.18

CENTROAMÉRICA

Tasa de mortalidad infantil, según área de residencia



Fuente: Elaboración propia con base en INE-Honduras, 2006; Inide, 2008; ADS, 2009 e MSPAS et al., 2009.

mediciones realizadas en 1987, 1995, 1998 y 2002, aún hay mucho por hacer en materia sanitaria y educativa para reducirla.

Persisten altas tasas de mortalidad infantil y fecundidad en las poblaciones indígenas

Centroamérica cuenta con múltiples etnias, culturas e idiomas. En este contexto, uno de los grupos más nume-

rosos son los pueblos indígenas, que históricamente han estado rezagados en sus transiciones demográficas y han enfrentado barreras culturales, lingüísticas, geográficas y políticas para acceder a las oportunidades educativas y económicas, así como a los servicios. En algunas zonas rurales del Istmo las comunidades indígenas constituyen la mayoría de la población, pero para ellas la disponibilidad y el acceso a los

servicios educativos y sanitarios están determinados por la discriminación y la exclusión.

Para el año 2008, el Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH, 2010) estimó la población indígena de Centroamérica en 7,7 millones de personas, un 18% del total. De ellas, el 73% residía en Guatemala.

La transición demográfica de esta población es distinta a la de otros grupos no indígenas, tal como se comprueba al comparar la estructura por edad y sexo. En Belice, Guatemala y Panamá, por ejemplo, la estructura de edad de los habitantes indígenas -de acuerdo con la información de los últimos censos publicados- sugiere una etapa de transición demográfica más temprana que la observada para los grupos no indígenas (gráficos 2.19). Esto significa que las poblaciones indígenas continúan registrando niveles altos de mortalidad y fecundidad, por lo que seguirán creciendo en el futuro. El caso más evidente es el de Panamá, donde el porcentaje de niños indígenas de 0 a 4 años en el 2000 superaba en casi siete puntos al mismo grupo etario en el resto de la población. Congruente con esta situación, el porcentaje de personas indígenas con edades entre los 15 y los 64 años era un 12% inferior al de sus pares no indígenas (gráficos 2.19). En la población indígena la transición demográfica aún no ha iniciado: la esperanza de vida al nacer es menor que la de la población no indígena y la alta fecundidad se manifiesta en un ensanchamiento de la base de la pirámide de población, lo que da como resultado una población joven y en aumento.

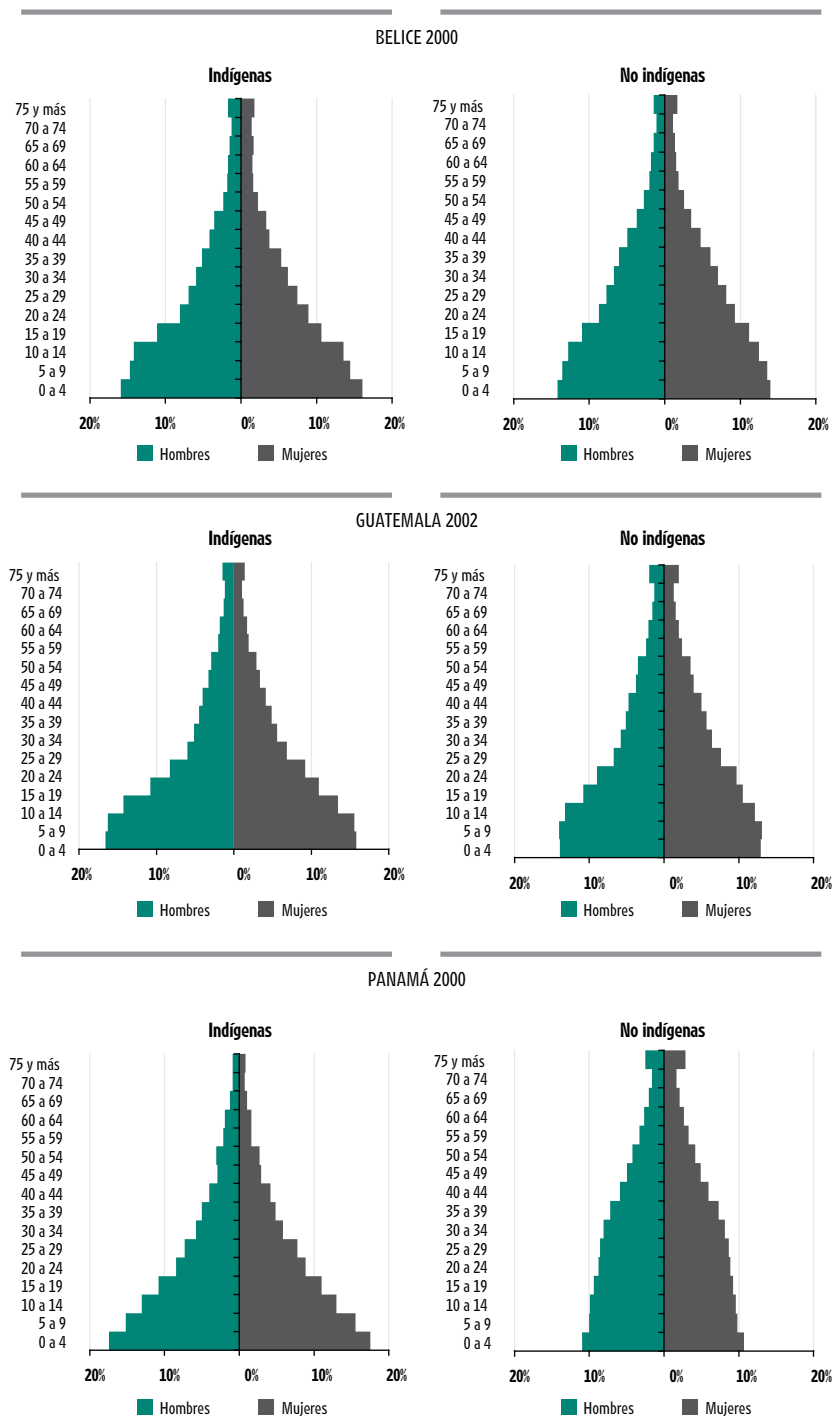
Pese a la falta de información actualizada sobre la realidad demográfica de las poblaciones indígenas del Istmo, los últimos censos y algunos estudios específicos publicados recientemente aportan datos sobre sus rezagos en materia de mortalidad infantil y fecundidad. En Panamá la tasa de mortalidad infantil de estos grupos era tres veces superior a la de los no indígenas en el año 2000, lo cual significa que entre los indígenas morían 38 niños más por cada mil nacidos vivos que en el resto de la

GRÁFICOS 2.19

CENTROAMÉRICA

Estructura de la población indígena y no indígena, por edad y sexo.

Últimos censos publicados



Fuente: Elaboración propia con datos de los censos de población de cada país.

población (cuadro 2.9). La segunda mayor brecha registrada en ese año correspondió a Costa Rica, donde la tasa de mortalidad infantil de las comunidades indígenas superaba -en casi trece muertes por cada mil nacidos vivos- la de los demás grupos.

Las brechas también se expresan en las tasas de fecundidad. En Guatemala, en el año 2002, la tasa global de fecundidad de las mujeres indígenas rebasaba en dos hijos por mujer la estimada para las mujeres no indígenas, y en cuatro hijos por mujer el nivel de reemplazo (cuadro 2.9). Datos de la Encuesta Nacional de Salud Materno Infantil (Ensmi) de ese país indican que, para el período 2004-2008, la tasa global de fecundidad en los grupos indígenas disminuyó a 4,5 por mujer, pero siguió siendo mayor que la registrada en los grupos no indígenas (3,1 hijos por mujer; MSPAS et al., 2009). En Nicaragua, un estudio realizado con datos del Censo de Población y Vivienda 2005 evidenció que la tasa global de fecundidad en comunidades indígenas de la Región Autónoma del Atlántico Norte era de aproximadamente 5,5 hijos por mujer, un valor que superaba en tres hijos la tasa de fecundidad de reemplazo y en dos hijos por mujer la tasa global de fecundidad de la población no afrodescendiente que habita en esa región (Delgado, 2007).

La alta fecundidad de las poblaciones indígenas es un factor determinante de la joven estructura de edad y la continuidad del crecimiento de estos grupos en el futuro cercano. Estas diferencias sugieren que si bien no hay un estancamiento en su transición demográfica, las comunidades indígenas centroamericanas avanzan con pasos muy lentos hacia niveles de fecundidad y mortalidad similares, en primera instancia, a los de las poblaciones no indígenas y, en segundo lugar, a los promedios de sus países.

CUADRO 2.9

CENTROAMÉRICA

Tasas de mortalidad infantil y tasas globales de fecundidad, por tipo de población.

Últimos censos publicados

País	Tasa de mortalidad infantil			Tasa global de fecundidad		
	Indígena	No indígena	Diferencia	Indígena	No indígena	Diferencia
Costa Rica (2000)	29,0	16,5	12,5			
Guatemala (2002)	50,3	40,3	10,0	6,5	4,1	2,4
Honduras (2001)	36,9	29,3	7,6	5,9	4,2	1,7
Nicaragua ^{a/} (2005)	46,6			5,5		
Panamá (2000)	54,1	16,2	37,9	6,6	2,9	3,4

a/ El dato corresponde únicamente a poblaciones indígenas de la Región Autónoma del Atlántico Norte.

Fuente: Censos de población publicados de cada país.

NOTAS

1 Proceso en el cual los países pasan de una situación de altas tasas de mortalidad y fecundidad, a una en la que el descenso de la fecundidad ocurre después de un descenso paulatino de la mortalidad.

2 Estimaciones a partir de las bases de datos de defunciones, consultadas en <http://censos.ccp.ucr.ac.cr>.

3 Conjunto de personas nacidas en un período determinado.

4 Proporción de personas en edades dependientes (menores de 15 años y mayores de 65) por cada cien personas en edad de trabajar (15 a 64 años).

5 Las estimaciones de la esperanza de vida sana son más dudosas que las de la esperanza de vida, ya que es difícil asegurar la comparabilidad de las mediciones de la discapacidad entre los distintos países y mostrar las limitaciones de los datos. Estas estimaciones se han realizado usando categorías y métodos normalizados para asegurar la comparabilidad entre países. Por consiguiente, no siempre coinciden con las estimaciones oficiales.

6 Es la proporción de la población que vive en las ciudades principales de los países.

7 Según el "Protocolo para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas" (Protocolo de Palermo), que complementa la Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Transnacional Organizada, por "trata de personas" se entiende la captación, transporte, traslado, acogida o recepción de personas recurriendo a la amenaza, el uso de la fuerza u otras formas de coacción, como raptos, fraude, engaño, el abuso de poder o de una situación de vulnerabilidad, o la concesión o recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre otra, con fines de explotación. Esa explotación incluye, como mínimo, la prostitución ajena u otras formas de explotación sexual, los trabajos o servicios forzados, la esclavitud y las prácticas análogas a la esclavitud, la servidumbre y la extracción de órganos. Según este mismo instrumento, el eventual consentimiento dado por la víctima no tiene valor jurídico en el caso de personas adultas, cuando operen las condiciones de amenaza o coacción antes descritas, y en ninguna circunstancia cuando se trate de víctimas menores de edad.

